

Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro

M. Almagro-Gorbea*
G. Ruiz Zapatero*¹

1. INTRODUCCION

Tras la presentación de las ponencias que constituyen la parte esencial de estas *Actas de la I Reunión Internacional sobre Paleoetnología de la Península Ibérica*, ha parecido oportuno presentar, como recapitulación de todos los trabajos, una visión de conjunto que permita profundizar en estos problemas.

Pero, al mismo tiempo, conviene resaltar que ésta no pretende ser un visión de síntesis, aunque es evi-

dente que las distintas ponencias y su discusión, hasta cierto punto, han facilitado pero también exigian esta labor. Por tanto, más bien se ha preferido, dentro del espíritu de la reunión, considerar todo lo presentado como un punto de partida hacia futuras investigaciones. En consecuencia, se ofrecen a continuación una serie de comentarios, organizados por grandes áreas geográficas (fig. 1), que no deben considerarse como una parte crítica ni siquiera como un complemento de los mismos, sino prioritariamente dirigidos a precisar,

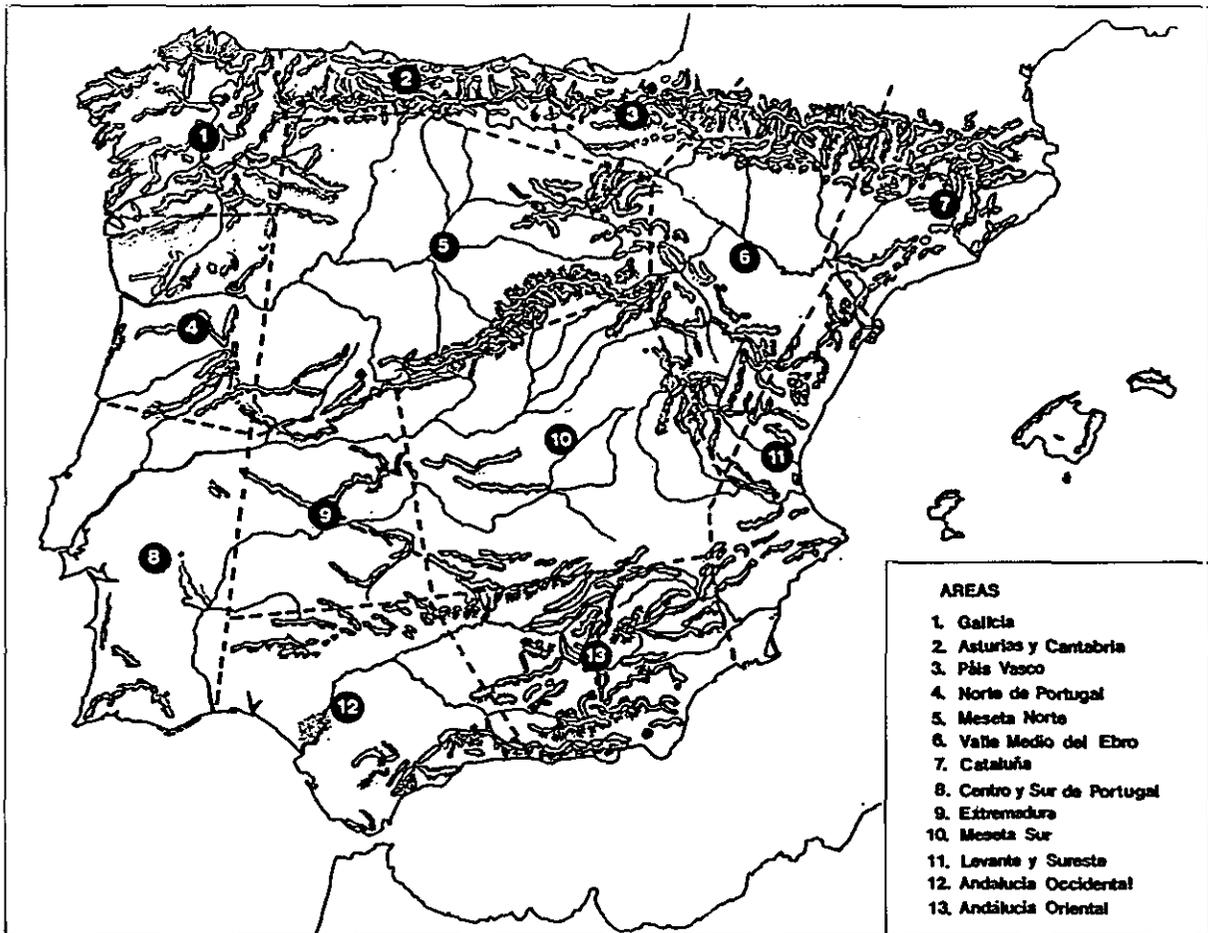


FIG. 1. Mapa con las áreas culturales teóricas de la Península Ibérica tenidas en cuenta para este estudio.

* Universidad Complutense de Madrid.

¹ Estas reflexiones han sido redactadas bajo la coordinación de los editores en colaboración de los participantes en el Programa sobre Paleoetnología de la Península Ibérica: Alfredo Jimeno, Víctor Fernández, Francisca Hernández y Marisa Ruiz-Gálvez. Por el mismo motivo, las opiniones recogidas no reflejan necesariamente las de cada uno de dichos autores, aunque, en cualquier caso, sí que se han tenido en cuenta ideas y sugerencias que han contribuido a mejorar el texto. Igualmente, ha ofrecido una eficaz colaboración Alberto Lorrio, quien se ha ocupado de la coordinación de la edición y de la ilustración.

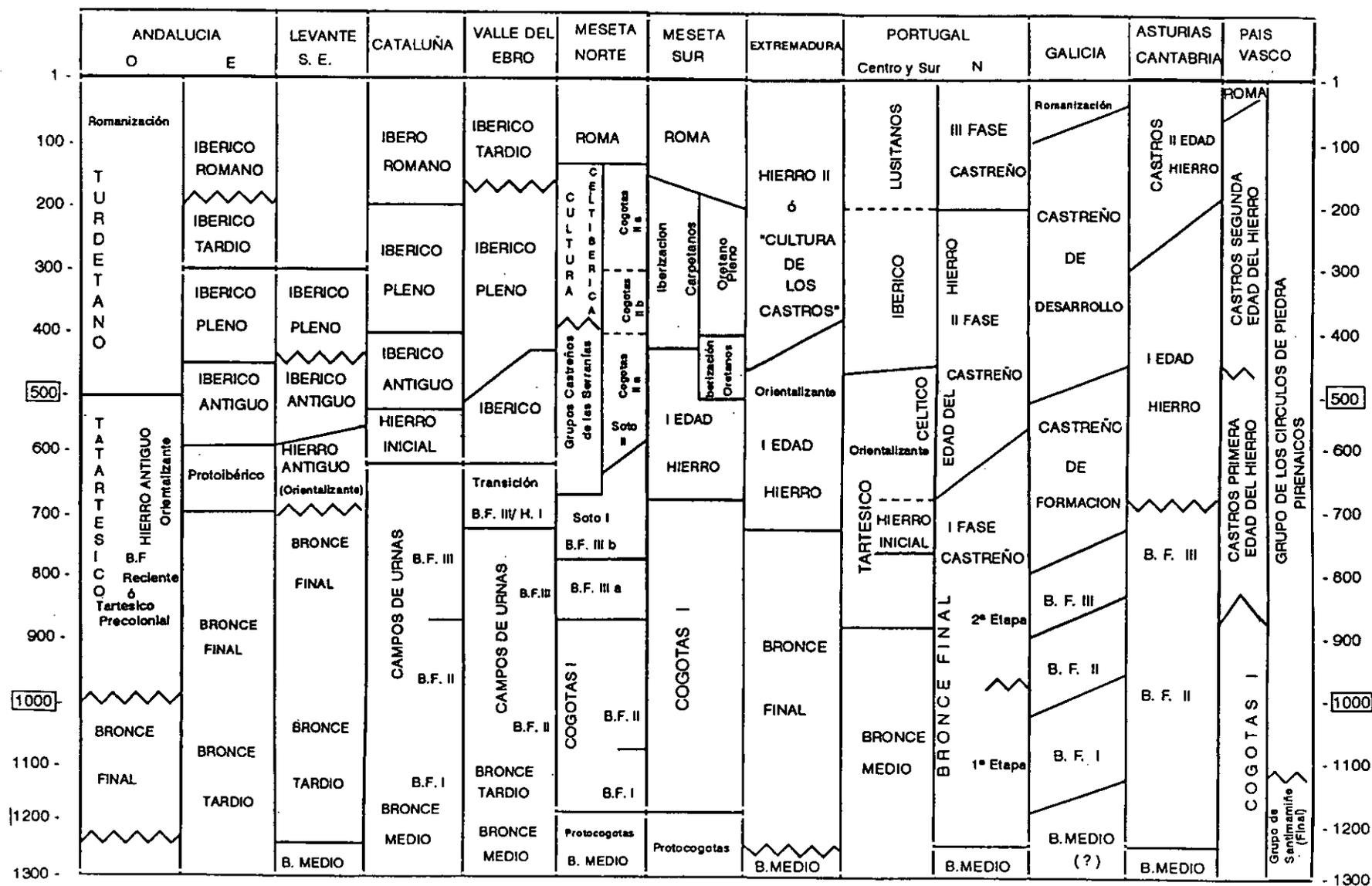


FIG. 2. Cuadro de las diferentes áreas de la Península Ibérica durante el I milenio a.C., según la cronología propuesta por los distintos autores.

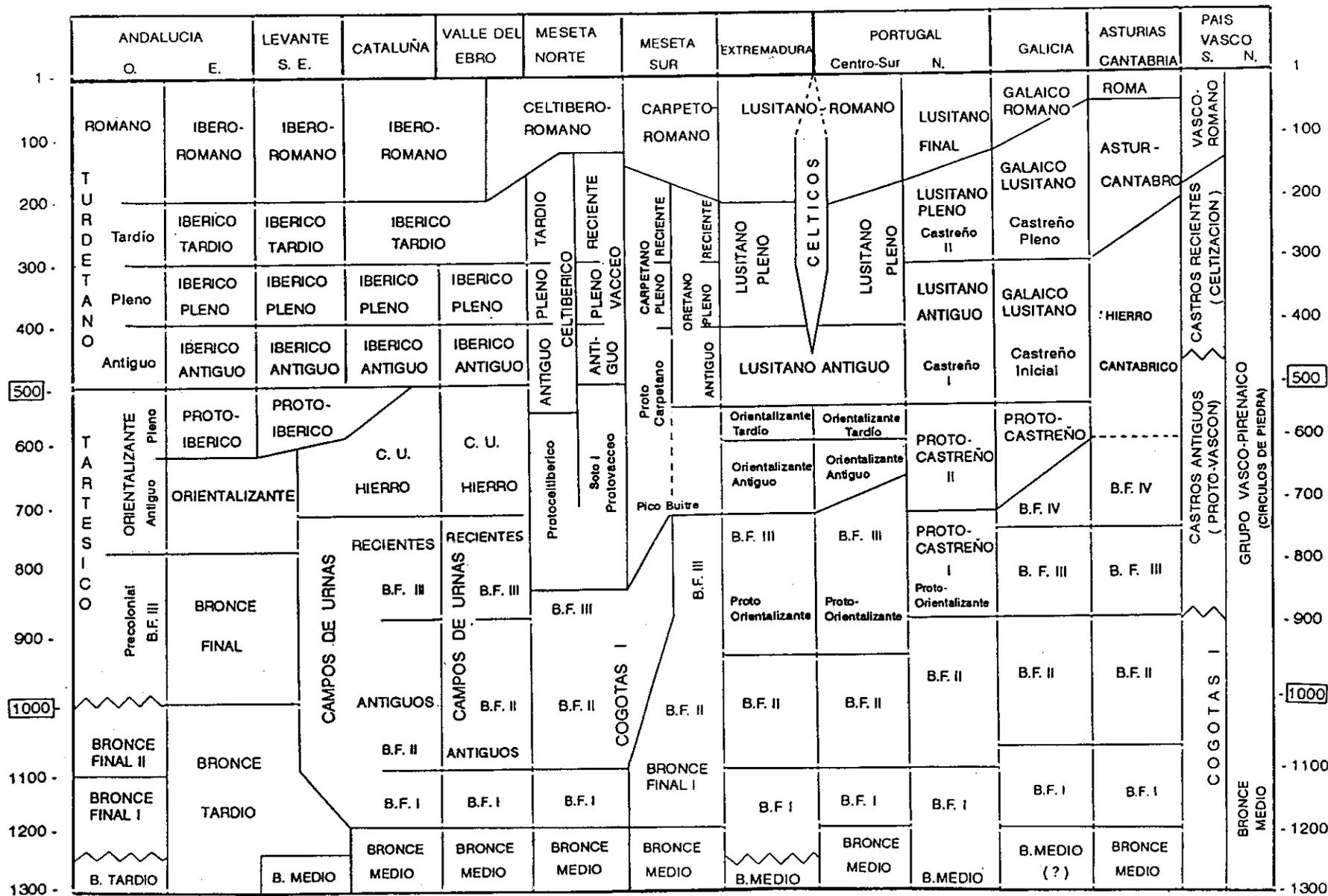


FIG. 3. Cuadro cronológico de las principales áreas de la Península Ibérica durante el I milenio a.C.

por una parte, aquellos aspectos cuyo conocimiento puede considerarse como más firme y en los que hay mayor consenso y, por otra, aquellos que plantean mayores problemas y deben ser analizados más detenidamente en futuras investigaciones. Gracias a esta postura se espera ofrecer, consecuentemente, una visión de conjunto, basada en la propia interpretación de los editores, que permita una visión más crítica y, en especial, que brinde mejores perspectivas para la investigación futura.

Por el mismo motivo y con la misma idea, se ha considerado oportuno adjuntar en estas conclusiones una seleccionada ilustración gráfica. En primer lugar, un cuadro general (fig. 2) que pretende servir, junto a la síntesis de las periodizaciones presentadas por los distintos autores (fig. 3), al menos de hipótesis de trabajo hacia futuras investigaciones. En él puede llamar la atención el empleo innovador de ciertas nomenclaturas más próximas a entidades étnicas históricas que a las tradicionales relacionadas con la cultura material.

Esta decisión pretende llamar la atención sobre el criterio interpretativo étnico aquí utilizado y que, probablemente, puede llegar a jugar un papel cada vez más importante en el futuro, aunque en la actualidad es evidente que, aunque esta terminología ya es frecuente para algunas regiones como las mediterráneas, en otras su uso no resulta todavía habitual y puede resultar incluso polémico, por lo que puede exigir lógicas rectificaciones en el futuro. En efecto, la terminología utilizada, como paleoetnología, etnocultura, etnogénesis, etc., pretende reflejar el deseo de lograr una síntesis contrastada de los conocimientos sobre cultura material, economía, sociedad, lingüística, formas de pensamiento, etc., obtenidos de las fuentes arqueológicas, históricas escritas, lingüísticas, de la etnología, etc., desde una perspectiva interdisciplinar. Pero si tales términos exigen superar los habituales campos de trabajo especializado, también exigen muchas veces superar el marco cronológico de las periodizaciones históricas para entrar, sin prejuicios y con la debida prudencia, en el atractivo y casi inédito campo de los procesos de larga duración, sin cuya perspectiva histórica carecen de sentido muchos de los datos aquí estudiados.

Igualmente, la elaboración de mapas de elementos culturales de la Península Ibérica (figs. 5-8) y su relación con determinados etnónimos (fig. 9) supone establecer fronteras que no cabe duda deben considerarse, en la mayoría de los casos, como meramente indicativas, dependiendo de la calidad de los datos conocidos y del estado de la investigación, pues el concepto de frontera actual difícilmente puede adaptarse a la compleja realidad étnica y cultural de la Antigüedad. Pero, por ello mismo, suponen un necesario punto de partida y de reflexión para mejorar nuestros conocimientos gracias a la creciente investigación interdisciplinar entre arqueólogos, historiadores, lingüistas, etc.

Finalmente, también ha parecido oportuno, presentar a modo de síntesis, una serie de ilustraciones que sinteticen aquellos elementos culturales que pueden considerarse entre los más representativos de las diversas áreas étnicas (figs. 10-15). Tampoco en ellos

debe verse una síntesis, sino, tal como se ha señalado, un deseo de facilitar una base de partida que permita una visión sintética de alguno de los elementos arqueológicos más significativos desde el punto de vista de la cultura material y más vinculados a la interpretación étnica que se pretende ofrecer como reflejo del actual estado de nuestros conocimientos.

Gracias a esta postura se espera ofrecer, consecuentemente, una visión de conjunto más sintética y crítica y, en especial, destinada a facilitar todo lo posible la investigación futura.

ETNICIDAD, CULTURA MATERIAL Y ETNOGENESIS

La importancia de los temas étnicos en el mundo actual es, sin duda, una de las razones que explica el interés por estos mismos temas en el pasado. Pero ya desde las primeras etapas de la Arqueología sería injusto no reconocer que el interés principal era poder llegar a definir como un «pueblo» a los restos arqueológicos de las diferentes «culturas» identificadas. Es bien conocido que fue Gordon Childe el primero en ofrecer una definición de «cultura arqueológica» como un conjunto recurrente de artefactos en el tiempo y en el espacio. Concepto que ampliado en el sentido «clarkiano» ha servido de hecho durante décadas para hacer arqueología, a pesar de que en los últimos años ha recibido —y no sin razón— un aluvión de críticas desde perspectivas bien diferentes. Pero más grave fue la ecuación que Childe introdujo de «cultura = pueblo». A pesar de que nunca aclaró suficientemente qué entendía por pueblo, es evidente que la idea de Childe tenía como referente tácito lo que los antropólogos denominan un grupo étnico. En el fondo, se recogía toda una tradición europea del siglo XIX que pensaba que las formas de pensamiento estaban implantadas en los pueblos como resultado de ser descendientes de un «stock» común ancestral. A partir de este presupuesto los intentos de identificar pueblos, a través de la cultura material, se basaban en la creencia de que existía un conjunto estable y objetivo de rasgos culturales característicos de distintos grupos étnicos.

En este marco conceptual, hay que situar los intentos de Bosch Gimpera de reconstruir una «paleoetnología» de Cataluña y, años más tarde, la síntesis más ambiciosa de su «Etnología de la Península Ibérica» a partir de la correlación entre grupos arqueológicos de finales de la Edad del Hierro y las etnias o tribus prerromanas referidas por las fuentes clásicas.

La tarea subsiguiente sería buscar los antecedentes arqueológicos de esas «culturas-pueblos» para así recomponer la evolución de los pueblos en etapas anteriores y estudiar diacrónicamente los procesos que habían desembocado en la configuración de las etnias prerromanas. Pero evidentemente las cosas no eran tan sencillas.

Para empezar, la etnicidad es algo diferente a la mera variabilidad espacial y está relacionada más con la identificación autoconsciente con un grupo social concreto, identificación, en parte al menos, basada en un área u origen específico. Entre las muchas defini-

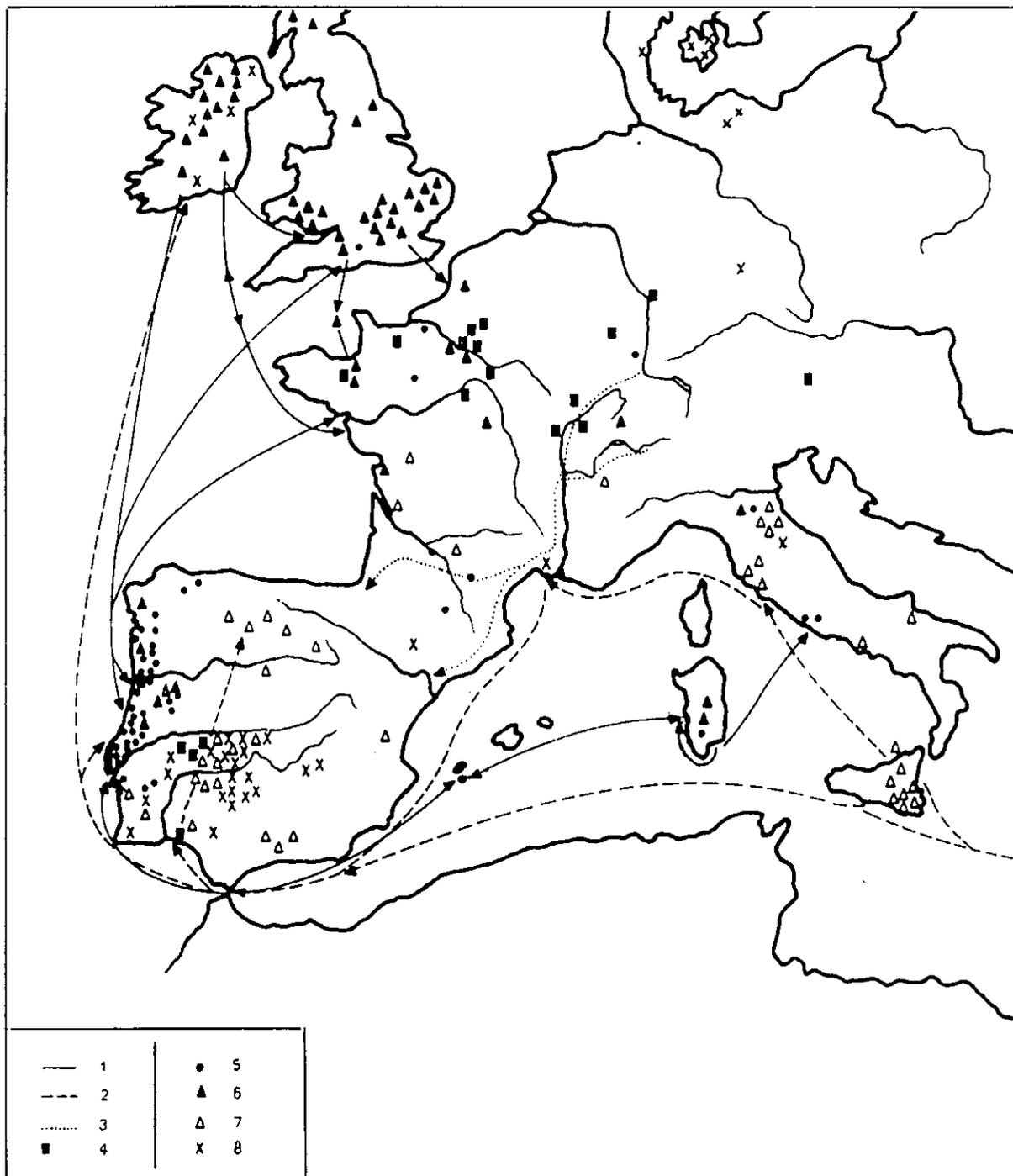


FIG. 4. Relaciones culturales de la Península Ibérica a inicios del I milenio a.C.: 1. Influxos atlánticos; 2. Id. Mediterráneo Oriental; 3. Id. Campos de Urnas; 4. Cascos de cresta; 5. Hachas de tubo y doble anilla; 6. Hoces de tubo; 7. Fibulas de codo; 8. Escudos de escotadura. (Según Almagro-Gorbea 1986, modificado).

ciones de etnia la del antropólogo soviético Dragadze, nos parece una de las más completas: «...un firme agregado de gentes, históricamente establecidas en un determinado territorio, que poseen en común unas particularidades relativamente estables de lengua y cultura y que al mismo tiempo reconocen su unidad y diferencia respecto a otras formaciones similares (autoconciencia), expresándola con un nombre que se dan a sí mismos (etnónimo)». Pero si se acepta esta defi-

nición, parece difícil que la Arqueología Prehistórica pueda llegar muy lejos en el estudio de las etnias ya que no tiene acceso a las identificaciones autoconscientes de los pueblos. Además parece evidente que la identidad étnica debe ser considerada más como un fenómeno subjetivo y cambiante que como uno objetivo y permanente. Incluso, volviendo a los trabajos de Bosch Gimpera, habría que decir que no se puede asumir, sin más, que los «pueblos» descritos

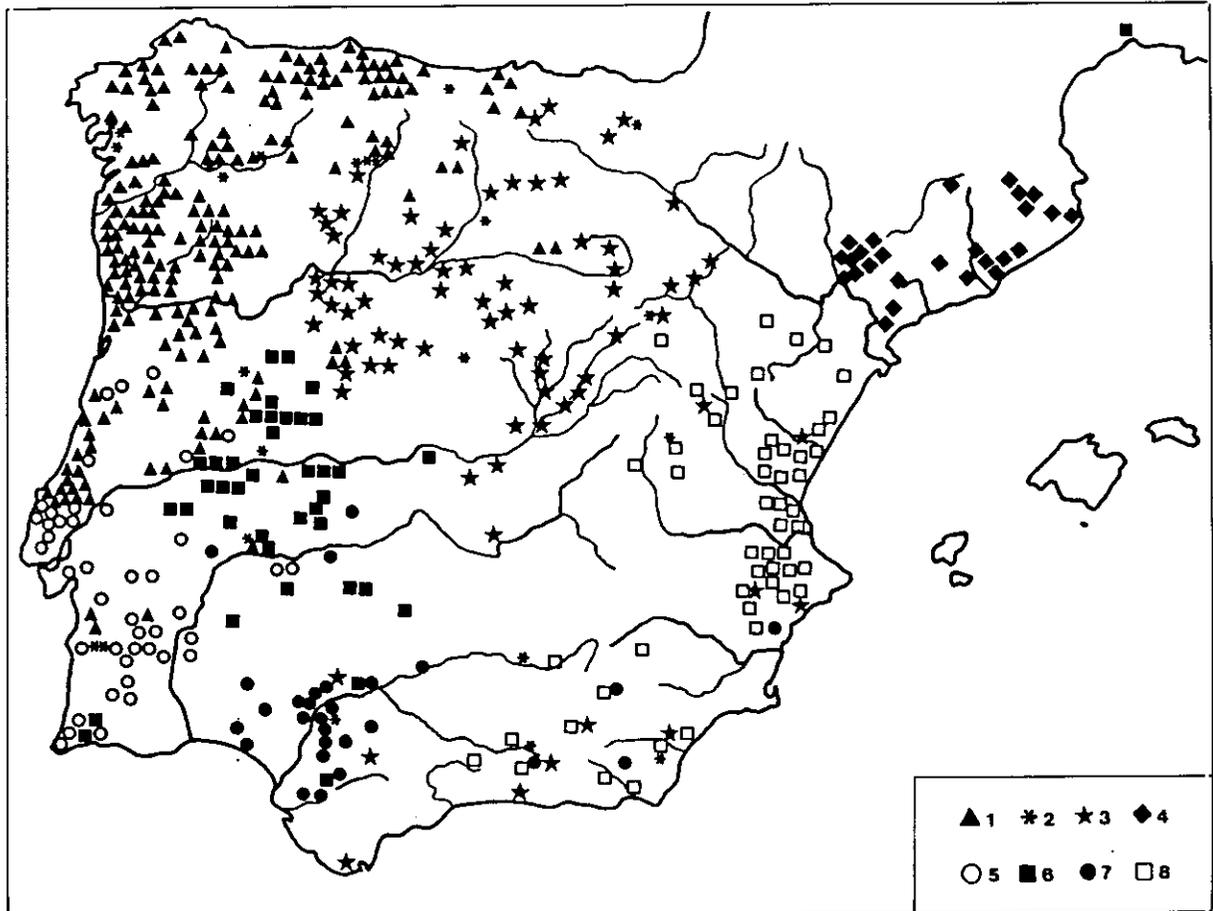


FIG. 5. Dispersión de elementos culturales de la Península Ibérica característicos de ca. 1000 a.C.: 1, hachas de talón y doble anilla; 2, espadas de hoja pistiliforme (BF II); 3, cerámica de Cogotas I; 4, Campos de Urnas antiguos; 5, cerámica bruñida externa, tipo «Lapa do Fumo»; 6, estelas decoradas con escudo en V; 7, cerámica bruñida interna; 8, poblados del Bronce Ibérico.

en las fuentes escritas correspondan a grupos con identidad auto-consciente, que como se ha indicado, es esencial en la definición de etnicidad.

Todo ello, sin embargo, no significa que no sea importante estudiar *cuándo* y *cómo* surge la etnicidad en el proceso histórico. Para ello es necesario adoptar una perspectiva histórica. Sólo así se podrá descubrir cómo se configuran las etnias, sobre qué bases, qué papel juega la autoconciencia en la reproducción social y por qué se utilizó. A todo ese proceso es a lo que puede denominarse *etnogénesis*, concepto que supone la crisis de identidad de unas comunidades con la disolución de agregaciones étnicas precedentes, el llamado substrato étnico, que da lugar a la formación de otras nuevas o, incluso, de una más amplia. Además, los procesos de etnogénesis traslucen cambios como consecuencia de distintas situaciones ambientales, socioeconómicas y políticas, así como del grado de contacto de unas entidades étnicas con otras, hecho particularmente evidente en la Península Ibérica.

Con la definición más arriba asumida parece difícil establecer los contornos precisos de la etnicidad más allá de su expresión con el surgimiento de formaciones estatales. Pero existe al menos una posibilidad de

explorar las etnias a partir de la constatación de que éstas, para reforzar su autoconciencia, emplean rasgos culturales específicos como «demarcadores» y esos rasgos pueden rastrearse en el registro arqueológico. Con todo, es evidente que las relaciones entre etnicidad y cultura material son complejas y variables, por lo que, en este sentido, se trata de una línea de investigación arqueológica e interdisciplinar en construcción. Con este nuevo concepto de etnicidad, alejado del de los antropólogos y arqueólogos de finales del siglo XIX y comienzos del XX, se están consiguiendo aproximaciones más críticas y coherentes. Pero en la Arqueología Española, tras la etapa inicial representada por Bosch Gimpera, no se ha vuelto a profundizar en el tema, salvo en los ensayos de base antropológica de Caro Baroja, a pesar de que desde finales de los años 70, como hemos señalado, en muchas tradiciones arqueológicas europeas se están haciendo valiosos intentos de explorar la relación etnia-cultura material.

En consecuencia, a partir de ahora no sólo se puede llegar a delimitar grupos arqueológicos basados en datos de cultura material y de interpretación social, sino que éstos se pueden llegar a relacionar e interpretar dentro de un marco paleoetnográfico que per-

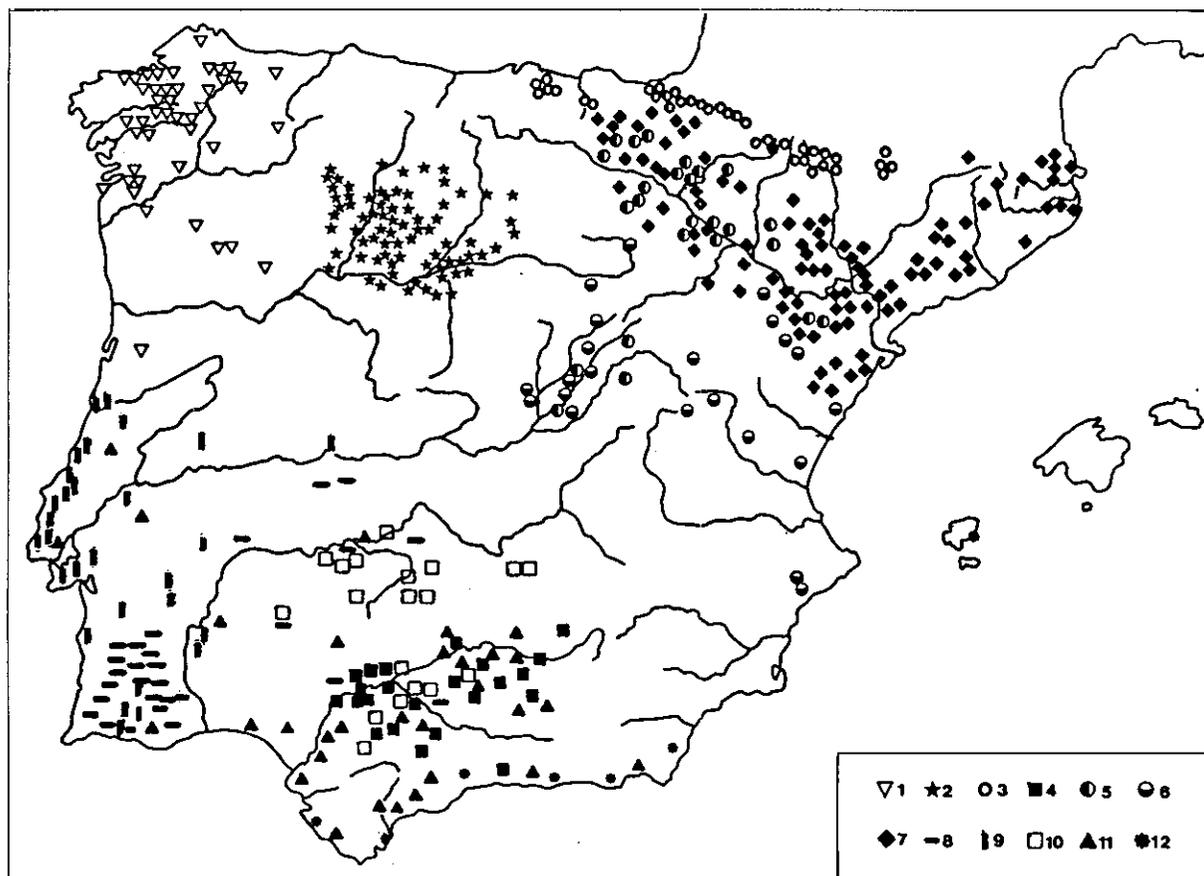


FIG. 6. *Dispersión de elementos culturales de la Península Ibérica característicos de ca. 700 a.C.: 1, hachas de talón y doble anilla finales; 2, cerámicas de tipo «Soto de Medinilla»; 3, túmulos pirenaicos; 4, cerámica figurada policroma tartésica; 5, cerámicas excisas tipo «Redal» y asociadas; 6, cerámicas incisas tipo «Pico Buitre» y asociadas; 7, Campos de Urnas del Hierro; 8, estelas con inscripción del SO.; 9, cerámica tipo «Lapa do Fumo»; 10, estelas decoradas sin escudo en V; 11, topónimos en ippo, -uba y -urgi; 12, asentamientos fenicios.*

mite identificar la personalidad histórica y cultural de las poblaciones prerromanas. Dicho marco supone una síntesis histórica global de los pueblos respectivos, al incluir junto a los elementos de cultura material y económicos, referencias a su estructura social, política y religiosa, así como a su lengua, como partes integrantes de un mismo sistema cultural.

El problema esencial es analizar los hallazgos de cultura material, las fuentes clásicas y los nuevos datos lingüísticos para poder explicar los procesos de formación étnica y definir las costumbres, ideología y organización social de los pueblos prerromanos en un cuadro que presenta amplias variaciones geográficas y continuas transformaciones estructurales.

Las diferencias etnoculturales que se constatan a partir de estos momentos no se explican sencillamente, pues son consecuencia de un complejo proceso en el que intervienen la adaptación variante al medio, el substrato cultural, las corrientes innovadoras y la diferente capacidad de asimilación de los estímulos recibidos, que acentuó o atenuaba las diversidades preexistentes. En cualquier caso, dichos contactos trajeron profundas transformaciones en todos los campos de la cultura y potenciaron, a través del desarrollo local, la aparición de características específicas que contri-

buyeron a conformar las distintas etnias prerromanas documentadas por referencias de autores clásicos y confirmadas por la Arqueología y la Lingüística, por lo que su interés se acrecienta al poderse considerar como las más antiguas raíces étnicas de la población actual de esas regiones de Europa.

En este ambiente científico, la presente Reunión tenía como objetivos centrales llamar la atención sobre esta importante vía de análisis hasta ahora apenas considerada y realizar, con las limitaciones que toda aproximación pionera a un tema impone, un primer intento de desentrañar los procesos históricos que culminaron en el mosaico étnico que conocieron los romanos al llegar a la Península Ibérica. En consecuencia, en este sentido, es, obviamente, tal como ya se ha indicado más arriba, un punto de partida para reflexionar sobre los problemas teóricometodológicos que el tema ofrece y así poder avanzar mejor en el futuro en su interpretación a partir de los datos arqueológicos.

2. LA PALEOETNOLOGIA DE LA PENINSULA IBERICA

Los distintos trabajos recogidos en esta obra pretenden ofrecer una visión actualizada de conjunto

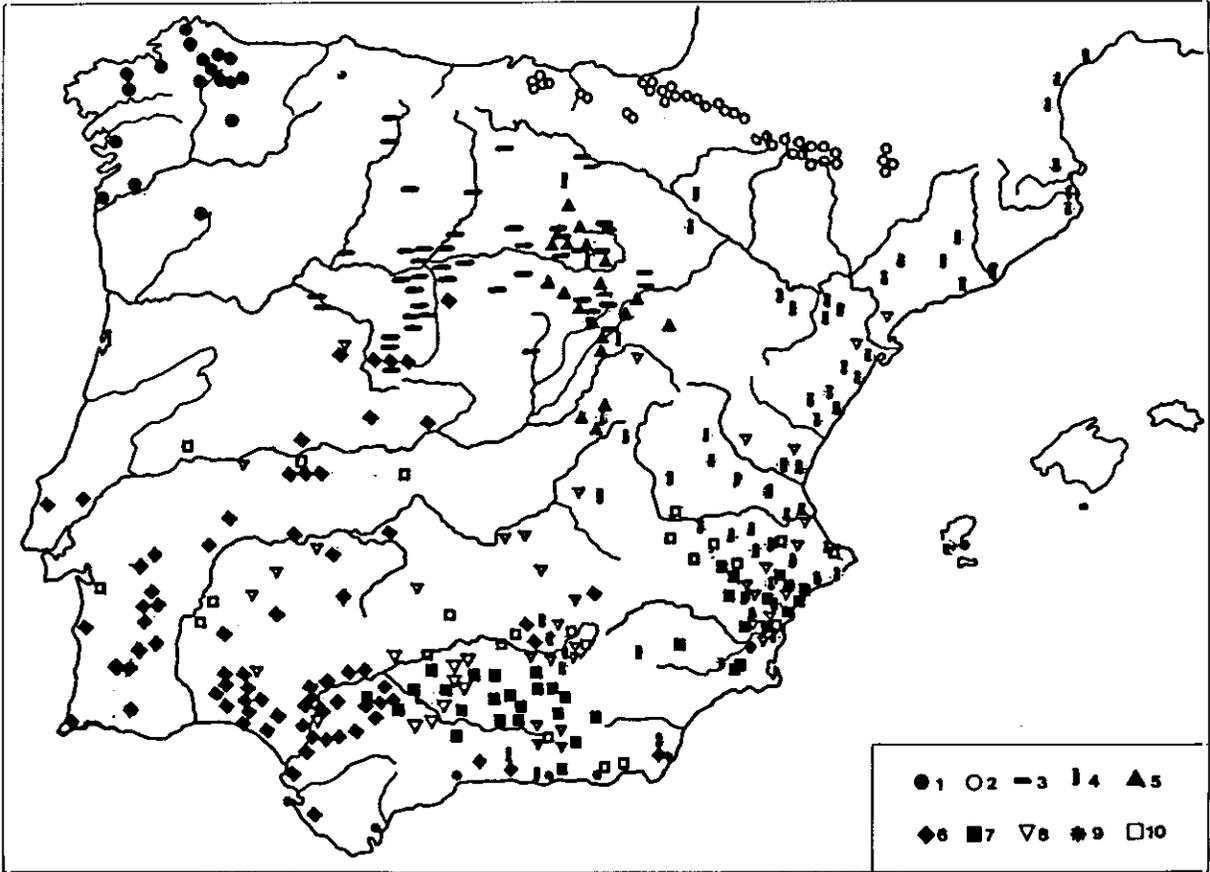


FIG. 7. Dispersión de elementos culturales de la Península Ibérica característicos de ca. 500 a.C.: 1, puñales de antenas castreños; 2, túmulos pirenaicos; 3, cerámicas «a peine»; 4, urnas de orejetas; 5, necrópolis celtibéricas antiguas con armas; 6, bronce orientalizantes; 7, escultura ibérica orientalizante; 8, exvotos ibéricos; 9, colonias fenicias; 10, epigrafía meridional.

sobre la Paleoetnología de la Península Ibérica. Pero la misma diversidad de autores y, en especial la compleja problemática que ofrecen regiones y temas tan diferentes, exige también dejar planteada una visión a modo de conclusión que se pretende exponer a continuación. Esta visión, más que como una síntesis, imposible y no procedente en estos campos de estudio, se debe entender como instrumento para dar una idea global que facilite al menos los puntos de acuerdo o de mayor coincidencia, así como los problemas y divergencias más significativas. Unos y otros conforman un interesante estado de la cuestión y creemos que suponen un útil punto de partida y un buen estímulo para el desarrollo futuro de estos estudios.

Pero si la dificultad de este objetivo es evidente, aún lo es más el del período histórico analizado. En él aparecen las primeras referencias a los pueblos históricos conocidos de la Península Ibérica que, además de la mejor pauta para un análisis paleoetnográfico, aún pueden considerarse, con fundamento, como la raíz o el componente étnico esencial de la población actual, lo que le añade un mayor interés.

PERIODIZACION Y AREAS ETNICO-CULTURALES

En primer lugar, para comprender los resultados de esta obra, conviene tener en cuenta que se planteó

dentro de un cuadro cronológico y cultural preciso, para permitir una aproximación paleoetnológica sobre unas bases documentales suficientemente similares. En consecuencia, el estudio se ha limitado al período que generalmente es conocido en los estudios prehistóricos como Bronce Final y Edad del Hierro hasta alcanzar la romanización, que supuso, desde tantos puntos de vista, la disolución de las etnias preexistentes absorbidas por las transformaciones que trajo consigo la superior cultura romana. Consecuentemente, salvo algunas alusiones muy concretas, no se hace referencia a los períodos precedentes, sobre los que también cabría igualmente llevar a cabo una investigación paleoetnológica que no se ha considerado oportuno hacer en esta ocasión, si bien sí se valora su esencial papel a nivel de substrato cultural.

Este marco cronológico se justifica dada la personalidad cultural y el significado histórico de dicho período, que abarca, teóricamente, desde el último cuarto del II milenio a.C. hasta el cambio de Era, en especial en lo que se refiere a su trascendencia para el aspecto formativo de las etnias prerromanas de la Península Ibérica.

La terminología de Bronce Final y Edad del Hierro, hasta ahora la más generalmente usada, hace referencia a aspectos tecnológicos relacionados con el uso de determinados metales, pero se sigue empleando

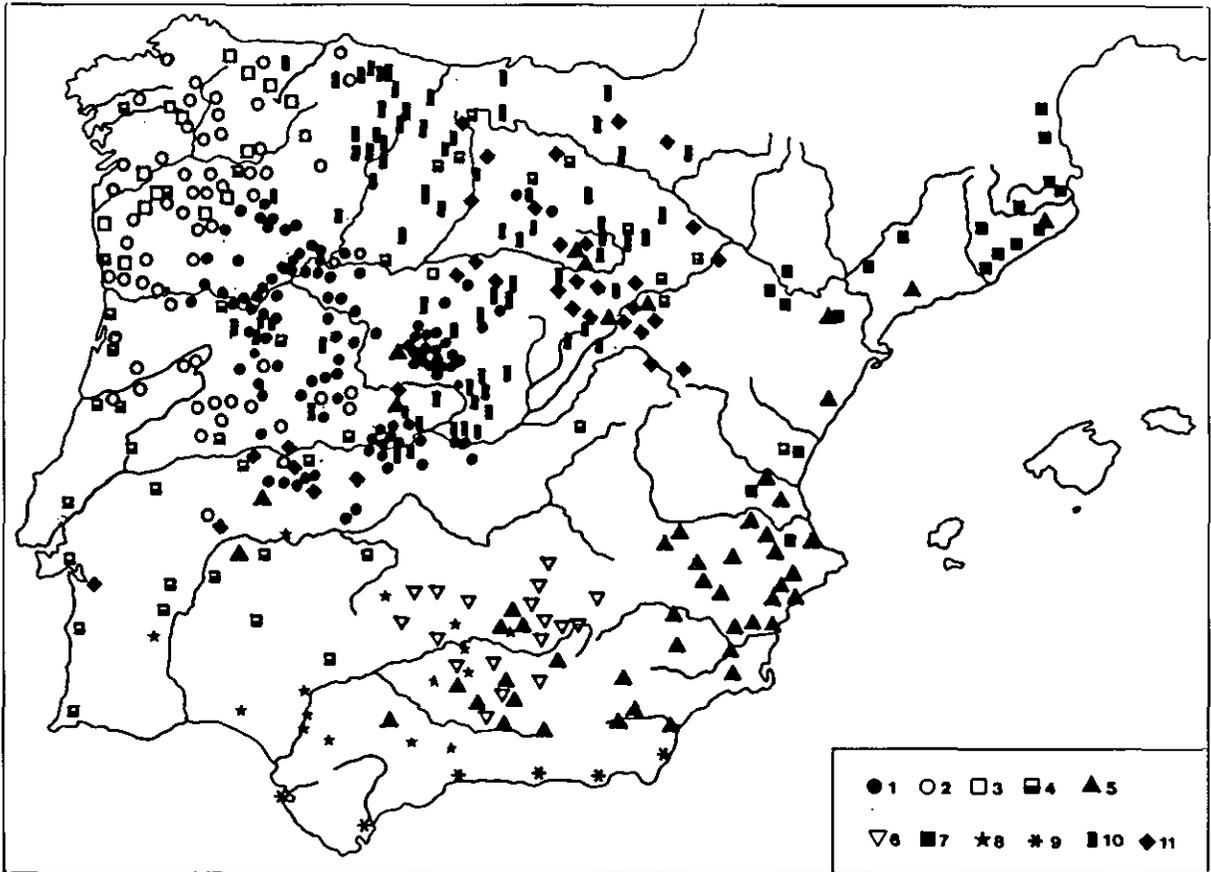


FIG 8. Dispersión de elementos culturales de la Península Ibérica característicos de ca. 250 a.C.: 1, verracos; 2, divinidades de tipo lusitano-galaico; 3, \circ o castella; 4, topónimos en -briga; 5, falcatas; 6, torques de plata oretanos; 7, cecas ibéricas; 8, antropónimos en Atti-; 9, colonias púnicas; 10, genitivos gentilicios de plural; 11, necrópolis con armas de tipo hispano-céltico.

en la actualidad dándole un mayor contenido cultural. En efecto, el Bronce Final junto a la Edad del Hierro puede considerarse que, desde el punto de vista histórico-cultural, constituyen un período unitario que se comprende mejor si se analiza conjuntamente, como ocurre en otras muchas regiones de Europa, aunque en la Península Ibérica su unidad es más evidente si cabe.

Además, representa el final de la Prehistoria y su transición a la Historia Antigua, ya que coincide con la aparición de los primeros textos escritos. Pero su característica esencial es la de ser el período en que la Península Ibérica se incorpora definitivamente a las corrientes culturales que conformaron Europa en la Antigüedad y que dieron lugar a la aparición de las sociedades, culturas y pueblos prerromanos, los más occidentales del Mediterráneo y, por ende, del mundo entonces conocido.

Por ello, se ha optado por insistir sobre la idea de las unidades étnico-culturales más que sobre la periodización de tradición prehistórica, aunque ésta siempre se haya tenido en cuenta, lo que no deja de presentar ciertas dificultades, especialmente porque no hay unanimidad entre los especialistas sobre la terminología cronológica, reflejo de la falta de síntesis suficientemente válidas sobre las que basar la interpretación de ese período crucial de transición entre Prehistoria e Historia escrita.

CORRIENTES CULTURALES Y TRANSFORMACIONES ÉTNICAS

Para dar una visión paleoetnológica global de este período es preciso resaltar también su complejidad. Por una parte, hay que valorar, formando parte de su personalidad, la gran diversidad existente en el marco geográfico de la Península Ibérica, que obliga a considerar la existencia de áreas muy diferentes entre sí. Los cambios ocurridos en este período afectaron de distinto modo a las diferentes áreas, contribuyendo decisivamente a la transformación paulatina del substrato indígena de la Edad del Bronce en las etnias y culturas peculiares de los pueblos prerromanos.

Para comprender este esencial aspecto cultural se debe apreciar la creciente integración peninsular en distintos ámbitos culturales a causa del aumento progresivo de contactos que caracteriza estos últimos períodos de la Prehistoria. En efecto, las relaciones que desde la Prehistoria afectan a la Península Ibérica dada su situación en el extremo suroccidental de Europa y constituyendo el borde occidental del Mediterráneo, se intensifican cualitativa y cuantitativamente en este período, hasta el punto de que puede caracterizarse, precisamente, por dicho incremento de las relaciones culturales, fruto del creciente desarrollo cultural y de la consiguiente mayor capacidad de intercambio, así

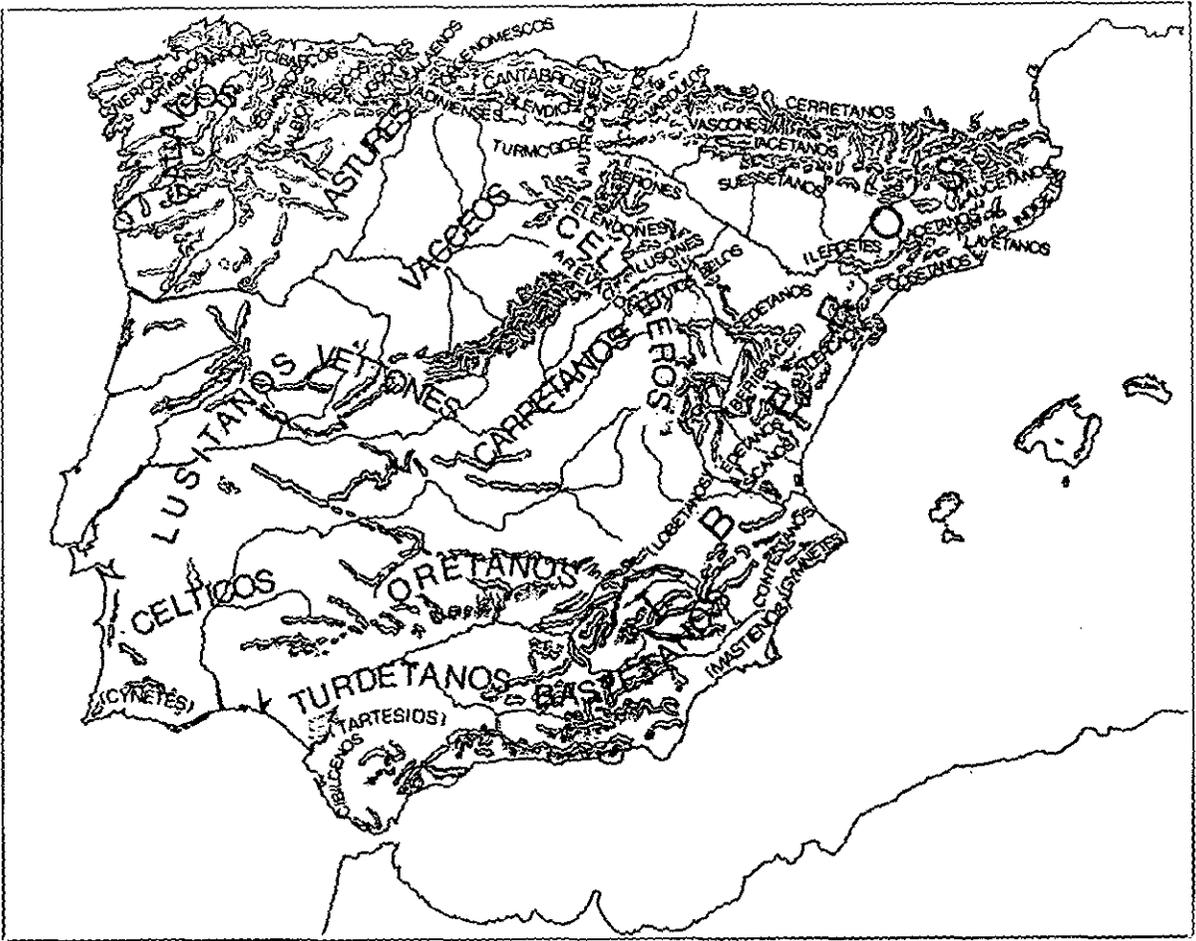


FIG. 9. Distribución de las etnias prerromanas en la Península Ibérica.

como de la aparición de organizaciones más complejas que facilitaban intercambios y tendencias expansivas.

Tres grandes corrientes culturales, que también cabe interpretar al menos parcialmente como étnicas, afectan a la Península Ibérica a partir del Bronce Final y de la Edad del Hierro (fig. 4). Estos influjos actuaron de diverso modo en las diferentes regiones peninsulares afectadas. En consecuencia, esta distinta forma de actuar según la situación geográfica más o menos favorable y las características culturales de su substrato, más o menos refractario a la asimilación de los elementos introducidos, ayuda a explicar las diferencias culturales y étnicas a las que se ha hecho referencia anteriormente.

En primer lugar, con las tierras ribereñas de Europa que baña el Océano Atlántico, desde Portugal hasta el Occidente de Francia y las Islas Británicas, en lo que se conoce como Círculo Atlántico y que representa la continuidad de los importantes contactos mantenidos a lo largo de la Edad del Bronce. Sin embargo, en este periodo dichos contactos se irán poco a poco amortiguando, aunque siempre parezcan haber funcionado, hecho que contrasta con la creciente interrelación con la Europa Central y, especialmente, con las culturas urbanas del mundo mediterráneo, que tanto influyeron y acabaron asimilando a los pueblos de todas sus riberas.

Más importantes son las relaciones con elementos culturales y étnicos del otro lado de los Pirineos, que pueden relacionarse, aunque con ciertos problemas, con los pueblos celtas de los que tenemos noticias por los historiadores de la Antigüedad. Este periodo supone un evidente incremento de los contactos, existiendo algunas referencias históricas y lingüísticas que complementan el difícil e insuficiente panorama que ofrece la Arqueología, contactos que continúan intermitentemente, hasta la conquista romana, que supuso la práctica desaparición de las etnias célticas a uno y otro lado de los Pirineos.

Con mayor seguridad puede considerarse la expansión de la llamada cultura de Campos de Urnas, cuyos elementos ultrapirenaicos, originarios de Europa Central, alcanzan todo el NE. peninsular y, más esporádicamente, otras zonas colindantes.

Por otra parte, paralelamente y de manera cada vez más predominante según avanza el tiempo, a través del Mediterráneo se produjo el contacto con pueblos colonizadores con larga tradición de culturas urbanas desarrolladas en centros situados en las orillas occidentales de dicho mar; tras algunos contactos precoloniales durante el Bronce Final, fenicios, griegos y púnicos se asentaron e incidieron diversamente en el mundo indígena. Dada su superior cultura, su contacto con el mundo indígena actuó de fermento y facilitó un

creciente desarrollo, especialmente de los pueblos en más directo contacto con ellos, tartesios e iberos. Estos, a su vez, al pasar a tener el papel de intermediarios en la transmisión de los estímulos culturales hacia las regiones del interior, difundieron este proceso cultural que, en perspectiva histórica, puede considerarse continuo y que representa una profunda «mediterraneización» de la Península, asociada a la progresión de formas de vida cada vez más urbanas, proceso decreciente de Sur a Norte y de Este a Oeste, esto es, a medida que se aleja del Mediterráneo.

En consecuencia, se aceleró el proceso de desarrollo de todos los pueblos peninsulares dentro de un marco de aculturación paulatina. Como consecuencia del mismo, las distintas áreas culturales vieron la transformación de sus substratos prehistóricos del Bronce Final en los pueblos conocidos por las referencias históricas, algunos, dado su desarrollo, considerados en el umbral de las culturas plenamente urbanas, lo que supuso la última y definitiva modificación cultural de las etnias prerromanas cuya culminación fue la integración de Hispania en el Imperio Romano.

En resumen, este período corresponde, desde una interpretación cultural e histórica, al proceso de formación de las etnias prerromanas. Este proceso histórico, cuya gran complejidad no debe ser minusvalorada, puede de todas formas explicarse analizando sus factores esenciales, entre los que cabe destacar la acción creciente de los citados influjos llegados a la Península. Pero si éstos explican en general el proceso de creciente evolución y la tendencia general hacia formas de cultura superiores, con una tendencia creciente hacia formas de vida urbana, no se explica tan sencillamente las diferencias culturales regionales, esenciales para interpretar las peculiaridades étnicas.

En este aspecto debe considerarse esencial tanto el grado de contacto con las corrientes innovadoras como el papel del substrato cultural. En el primer aspecto, hay que señalar la diferente forma en que estas corrientes afectaron a las distintas regiones de la Península Ibérica, valorando tanto las diferencias cualitativas como las cuantitativas. Pero aún más significativo parece la diferente capacidad de reacción al desarrollo, esto es, de mayor o menor asimilación de los diversos influjos recibidos por parte de los distintos substratos étnicoculturales preexistentes en las diferentes regiones peninsulares, y, en consecuencia, las distintas transformaciones culturales inducidas por los mismos.

Por consiguiente, el distinto grado de asimilación de los diferentes estímulos recibidos permite explicar, a grandes líneas, las diferencias esenciales de los procesos de cambio, al mismo tiempo que explican la relación o integración de dichas zonas en los grandes círculos culturales en los que quedaron englobadas.

Pero, en cualquier caso, dichos contactos trajeron profundas transformaciones en todos los campos de la cultura, y al potenciar el desarrollo local, por un complejo proceso de aculturación y desculturación del substrato, potenciaron a través del mismo la aparición de características específicas que contribuyeron al desarrollo de las etnias y culturas preexistentes, bien acentuando su diversidad o bien atenuándola si daba lugar a procesos de desarrollo similares, incidiendo,

en consecuencia, en aspectos o componentes étnicos. De este modo se explica el fenómeno de conformación de las distintas etnias prerromanas documentadas por las referencias de los autores clásicos y confirmadas por la Arqueología, la Lingüística y la Historia de las Religiones.

En efecto, la introducción de nuevos elementos técnicos y económicos, entre los que cabe señalar el uso del bronce de aleación ternaria y después del hierro, del torno de alfarero o del carro, el desarrollo de la minería y del artesanado, la introducción de nuevos animales y de productos y técnicas alimenticias, de vestido, vivienda y organización de poblados, etc., fueron elementos que permitieron ir conformando esta diversidad cultural. Pero, paralelamente, hay que valorar procesos generales de desarrollo social que contribuyeron a modificar en profundidad la estructura de las culturas precedentes, como los que suponen la diversificación social con la aparición de organizaciones gentilicias y, en general, el creciente desarrollo hacia formas de vida urbana. Como consecuencia se formaron sociedades más complejas, con la aparición de jerarquías estables, como la monarquía tartésica, y territorios organizados cada vez más amplios y más estructurados, que suponen la aparición de las primeras ciudades-estado, incidiendo de este modo la creciente complejidad social en la diversidad étnica. Finalmente, a estos elementos culturales y sociales se añaden también la asimilación y desarrollo de nuevas ideas políticas y religiosas y de adelantos técnicos de gran trascendencia cultural, como la escritura. Todos estos datos, unidos a los que ofrece la Lingüística y los aportados por los aspectos ideológicos que cabe deducir de la escasa documentación disponible sobre el campo social y de la religión, más indirectamente, pero igualmente afectados por la dialéctica substrato cultural-aculturación, dan como resultado un mosaico cultural polimorfo que se adecúa a las etnias prerromanas de la Península Ibérica y explica suficientemente su formación, hasta llegar a la culminación de este proceso con la incorporación de toda Hispania a la órbita de Roma, lo que supuso la desaparición, o mejor dicho, la absorción de las etnias indígenas. Pero éstas aún perduraron bajo la cultura unificadora de Roma y por consiguiente, su formación constituye un proceso histórico esencial para comprender hoy día la personalidad de las distintas etnias y culturas prerromanas de la Península, que en gran medida son la raíz de la variada población española actual.

Como consecuencia de estos complejos y graduales procesos se pueden distinguir varias grandes regiones culturales asociables a grandes agrupaciones étnicas: las regiones meridionales andaluzas y todo el Levante Peninsular, relacionadas estrechamente con el mundo circum-mediterráneo; las regiones del Centro y del Centro-Oeste, pertenecientes al mundo céltico en sentido amplio, aunque las del Occidente puedan ser comparadas con otras áreas periféricas del Mundo Atlántico. Por último, las apartadas regiones del área cántabro-pirenaica, más aislada de los dos círculos anteriores, en las que perduraron en mayor proporción elementos y tradiciones de un substrato muy primitivo, lo que permite explicar, al menos parcialmente, su personalidad étnica.

En el Mediodía peninsular, en contacto directo con los pueblos coloniales, se formó el mundo de Tartessos, el foco cultural peninsular más desarrollado a inicios de I milenio. La cultura tartésica, al evolucionar, dio origen a la turdetana en Andalucía Occidental y, paralelamente, al difundirse, a la Cultura Ibérica, que recibió importantes estímulos griegos y se extendió por las regiones mediterráneas desde el Sureste y Levante hasta más allá de los Pirineos. Todos estos pueblos, que hablaban y escribían lenguas pre-indoeuropeas, ofrecían una cultura desarrollada y próxima a la vida urbana del mundo colonial con el que estaban en contacto.

La Cultura Ibérica, a su vez, influyó en las gentes que habitaban al interior, en el Sistema Ibérico y el este de la Meseta. Menos desarrolladas, su progresión hacia la vida urbana fue más lenta por ser de tradición cultural distinta, ya que su lengua y cultura eran celtas, pues pertenecían a dicho pueblo, aunque al asimilar elementos ibéricos se les denominó como celtíberos. Estos, al «iberizarse» a lo largo de la Segunda Edad del Hierro, fueron aproximándose a formas urbanas, llegando a asimilar el urbanismo y la escritura de los iberos, pero, paralelamente se expandieron por todo el Occidente y el norte peninsulares, llevando con ellos su cultura y con ella el uso del hierro.

Las regiones occidentales y septentrionales, dado su mayor aislamiento, ofrecían aún menor desarrollo cultural, lo que explica que el hierro y el urbanismo llegarán aún con mayor retraso. El Occidente peninsular, con larga tradición de contactos atlánticos desde la Edad del Bronce, estaba culturalmente relacionado con el mundo celta, mientras que el norte, especialmente la zona pirenaica occidental, mantuvo un substrato muy antiguo del que proceden la población y la lengua vascas, aunque todas estas regiones estaban en proceso de celtización a la llegada de Roma.

Finalmente, también se debe valorar que los conocimientos actuales sobre las etnias prerromanas de la Península Ibérica son muy desiguales. En las regiones costeras, a partir de los primeros contactos con los pueblos coloniales, especialmente los griegos, cuyas noticias han llegado mejor a nosotros, existen referencias de enorme interés para la reconstrucción histórica, que se añaden al hecho de que las culturas de estas regiones, al ofrecer un mayor desarrollo socio-cultural, ofrecen más ricos elementos de análisis, incluida la escritura y la lengua y, además, han atraído más la investigación arqueológica, siendo por ello mejor conocidas que las áreas apartadas o de fases más remotas.

Por esta causa se puede señalar una gradación de los conocimientos actuales sobre los pueblos prerromanos de la Península Ibérica en sentido Este a Oeste y más evidentemente, de Sur a Norte. Además, y no casualmente, estas directrices coinciden con el proceso de «mediterrización» señalado y con las etapas de penetración hacia el interior de la aculturación procedente de los pueblos coloniales. Además, dicha gradación posibilita diferenciar teóricamente grandes regiones geográficas que enmarcan las áreas culturales

correspondientes a las etnias y culturas de características relativamente afines.

Pero la delimitación de estas áreas etno-culturales tropieza con una serie de dificultades. La principal es su variación a lo largo del tiempo, lo que no siempre se puede precisar en el actual estado de nuestros conocimientos, especialmente por la falta de datos sobre la secuencia cultural en muchas zonas. Ello obliga a hacer extrapolaciones de datos procedentes de áreas próximas mejor conocidas, método que entraña graves riesgos al realizar las correspondientes reconstrucciones paleoetnográficas.

Otra dificultad no menor es la delimitación geográfica, a causa de la insegura delimitación de las áreas culturales y de la difícil interpretación en muchos casos de las imprecisas referencias escritas no sólo sobre los límites, sino incluso sobre la situación y el significado etnocultural de los antiguos pueblos peninsulares. Además, la imprecisión de los datos arqueológicos tampoco permite trazar límites exactos, tanto más cuanto cabe suponer que la idea de límites precisos es más una abstracción nuestra que una realidad coherente con los datos existentes, en los que normalmente sólo cabe proceder a señalar zonas nucleares caracterizadas por la presencia de un determinado elemento cultural, cuya dispersión decrece paulatinamente hacia la periferia, donde entra en contacto con el borde de otra zona inmediata caracterizada por otro elemento cultural. Esta objetiva dificultad explica la diversidad de opiniones entre los especialistas, así como que, en ocasiones, ni siquiera se aborde esta problemática dada la incapacidad actual por encontrar una solución definitiva a este problema.

Como solución en estos trabajos se ha procurado valorar la dispersión geográfica de aquellos elementos culturales conocidos más característicos, tanto de cultura material como lingüísticos, ideológicos, etc., teniendo en cuenta su carácter polimorfo, por lo que generalmente no pueden considerarse como exclusivos ni totalmente determinantes de un área dada; en consecuencia, es muy significativa la normal imbricación de uno de estos límites con otros, dada su gradación decreciente desde las zonas nucleares hacia su periferia, donde resulta necesario contrastarlos con los límites de otros elementos de áreas afines, para ulteriormente los resultados obtenidos con este método contrastarlos a su vez con los datos históricos. Al mismo tiempo se ha procurado valorar las secuencias culturales y las lógicas relaciones e influencias entre unas culturas y otras, aunque, en muchos casos aún resulta imprescindible recurrir y valorar datos deducidos del marco geográfico o del substrato cultural o, incluso, de las grandes corrientes culturales y étnicas que ofrecen notable importancia en este período.

3. FORMACION ETNICA DE LA PENINSULA IBERICA EN EL I MILENIO A.C.

A lo largo del I milenio a.C., la Península Ibérica ofrece diferentes áreas étnicas. Estas, en general, resultan más desarrolladas hacia el sur y las costas levantinas y más retardatarias cuanto más al Oeste y

al Norte, al quedar más alejadas del Mediterráneo y de sus estímulos culturales, hecho explicable por las diferencias geográficas y, más especialmente, por los diversos influjos recibidos.

En este sentido, la diversidad de la Península Ibérica resulta mayor que la de otras regiones semejantes de Europa, incluida la misma Italia, con un claro gradiente de diferenciación tanto en sentido Norte-Sur como en sentido Mediterráneo-Atlántico, aunque siempre graduadas por la gran Meseta Central. Esta, a su vez, actúa como centro de contactos y, al mismo tiempo, genera tendencias centrifugas hacia las regiones periféricas, más abiertas al exterior, dada su fuerza demográfica y su posición central y más uniforme, lo que explica su papel en la transmisión de estímulos culturales.

Pero el fenómeno histórico más importante del I milenio a.C. para una interpretación cultural e histórica es, como ya se ha indicado, el *proceso de etnogénesis* o de formación de los pueblos prerromanos, en el que tan destacado papel parecen tener la acción de los crecientes influjos externos llegados a la Península y su diferente repercusión en el desarrollo de los substratos locales. Además, este hecho coincide, no por casualidad, con la tendencia evolutiva hacia formas de vida urbana, con la consecuente transformación sociocultural y política, proceso que culmina con la incorporación de toda Hispania a la órbita de Roma. Por lo tanto, dicho proceso histórico coincide con la formación de las distintas etnias y culturas prerromanas de la Península y, en consecuencia, es imprescindible para comprender su personalidad en la Antigüedad. Pero como estas poblaciones, en buena parte, pueden considerarse como raíz de la población española actual, dichos procesos del final de la Prehistoria son clave para interpretar fenómenos culturales e históricos posteriores, por lo que su interés sigue plenamente vigente en nuestros días.

Teniendo en cuenta estos presupuestos, en la Península Ibérica parecen observarse dos grandes componentes étnicas, junto a algún resto de substratos anteriores, aunque esta simplificación exija en cada caso un análisis pormenorizado para que no resulte falseada. Además, es muy importante tener en cuenta, para no caer en una visión simplista e incluso anacrónica, que aún en los casos más sencillos y aparentemente homogéneos, la composición étnica sería más compleja que lo que se puede conocer a través de la fragmentaria información llegada a la actualidad. Por tanto, el cuadro originario se debía aproximar bastante más a un «mosaico» étnico que a espacios homogéneos delimitados por fronteras definidas como los que necesariamente se utilizan para expresar los supuestos territorios étnicos, pues en numerosas zonas, si no en la mayoría, predominarían fenómenos de interétnicidad, no sólo en sentido espacial, sino también en el social y cultural, que resultan aún más difíciles de determinar.

Pero, en general, en el actual estado del conocimiento, aceptando una postura crítica tanto respecto a lo poco que se sabe a partir de la documentación existente como hacia posturas hipercríticas excesivamente negativas respecto a las posibilidades de este tipo de investigaciones, cabe señalar, en primer lugar,

una gran componente mediterránea, predominando lógicamente en las zonas meridionales y levantinas, siempre abiertas a dicho mar. A ella corresponden las dos grandes entidades étnicas que se conocen como mundo tartésico e ibérico, ambas evidentemente complejas y articuladas. Otra componente debe considerarse de tipo céltico o indoeuropeo en un sentido más general, extendida aproximadamente por las regiones centrales y occidentales, desde el Sistema Ibérico hasta el Atlántico y caracterizada por su afinidad con las poblaciones célticas del Occidente de Europa. Finalmente, queda el problema del mundo que denominaríamos vascopirenaico, quizá más relacionado con la primera de las citadas unidades en algunos aspectos, pero en el que predomina su carácter de aislamiento y, en consecuencia, su mayor dificultad de interpretación.

SUR DE PORTUGAL, ANDALUCIA Y LEVANTE (figs. 10-12).

Esta amplia zona comprende las regiones más mediterráneas desde el punto de vista cultural, por lo que en ella los influjos coloniales y su repercusión en el substrato son determinantes no sólo para comprender su evolución étnica, sino también para articular su secuencia en relación con los mismos, ya que brinda una buena cronología absoluta en lógica relación directa con su evolución interna. El hecho más destacado es el papel predominante, desde el punto de vista cultural, que ofrece el mundo tartésico del Bajo Guadalquivir y de toda Andalucía Occidental, pero que, en círculos más amplios y, en cierto sentido decrecientes en intensidad, afecta igualmente al Sur de Portugal, Extremadura, Andalucía Oriental y el Sureste. Por ello, aunque el substrato ofrece particularidades que inicialmente se evidencian mejor en el área nuclear, el desarrollo cultural puede considerarse paralelo en todas las regiones citadas, ya que, como ha señalado González Prats, el «ambiente orientalizante, si nos atenemos a los hallazgos, llega desde el Campo de Elche al Algarve portugués».

Secuencia cultural.

El primer hecho a destacar en un área geográfica y cultural tan amplia es que ésta no resulta homogénea, aunque sí se puedan apreciar evidentes características comunes, tanto más dadas las crecientes interrelaciones existentes.

La mayor dificultad está en precisar la fase de partida de los tempranos fenómenos de etnogénesis que caracterizan este periodo de aproximadamente algo más de un milenio. Su inicio corresponde al proceso generalmente denominado «Bronce Tardío», muchas veces difícil de definir, así como al inicio del «Bronce Final», éste bien precisado a partir del siglo IX a.C. Por ello esta diferenciación terminológica, resulta imprecisa desde un punto de vista cronológico, ya que, por ejemplo, la seriación tipológica de armas e instrumentos, que actualmente es el elemento de cronología más exacta existente, más bien brinda una evolución interna unitaria de todo el Bronce Final en el sentido tradicional de este término.

La sustitución de las losas alentejanas por las estelas del Suroeste en el Sur de Portugal o el enterramiento de cámara con dromos de Roça do Casal do Meio parece coincidir con los primeros contactos pre-coloniales relacionados con los movimientos de gentes señalados por todo el Mediterráneo a fines del II milenio a.C., que se confirman por algunos nuevos objetos, como hachas de empuñadura directa o de apéndices, cuchillos de dorso recto, etc., hacia fines del II milenio, hecho que se podría relacionar con el cambio señalado en Andalucía Occidental, donde incluso se ha hablado de hiatus o «vacío de población... desde el último cuarto del II milenio... anterior al s. IX a.C.» (Vid. supra, Belén-Escacena). Aunque esta postura es difícilmente aceptable, refleja bien la crisis demográfica y cultural que parece advertirse en Andalucía Occidental y que curiosamente sería contemporánea a la de algunas zonas itálicas. Dicha crisis finaliza con la eclosión demográfica evidenciada en los siglos IX y VIII a.C. de la que arranca Tartessos. Por el contrario, en Andalucía Oriental y el Sureste la crisis es también evidente, pero sin discusión alguna sobre su continuidad.

En torno al siglo IX a.C., el Bronce Final III (o Bronce Final por contraposición al Bronce Tardío), marca la aparición general de un nuevo período, que correspondería a la Edad del Hierro de Italia y otras áreas del Mediterráneo, caracterizado por un fuerte desarrollo demográfico y cultural, del que no es ajeno el aumento de los contactos, no sólo internos, sino atlánticos e incluso de tipo precolonial que prefigurán la sociedad tartésica. Por ello, no ofrece dificultad la interpretación de esta fase como un Bronce Final Tartésico, pues en ella dicha entidad étnica ya comienza a evidenciarse.

A partir del siglo VIII a.C., tras la aparición de los asentamientos coloniales fenicios desde la costa de Málaga al Atlántico, la cronología y las interpretaciones consiguientes de los procesos culturales son mucho más precisas. Hacia el 700 a.C. la eclosión de los estímulos coloniales genera, casi por todas esas regiones, un brusco cambio en la cultura material y, correlativamente, en otros aspectos culturales, lo que supone la aparición de un Período Orientalizante pleno fácilmente identificable con Tartessos.

Este Período se desarrolla hasta la crisis colonial que marca el fin del mundo tartésico hacia el 500 a.C. Pero en la Andalucía Oriental, el Sureste y el Levante, a partir del 600/575 a.C., esto es, en el siglo VI a.C., se debe diferenciar un nuevo período que ya representa el inicio de la Cultura Ibérica, en la que, además, la crisis de Tartessos no resulta tan evidente. Por consiguiente, dicho siglo VI a.C. puede considerarse como una fase Orientalizante Tardía en las zonas occidentales o como la fase Ibérica Antigua en las orientales.

La Cultura Ibérica se desarrolla plenamente a partir del siglo V a.C. Corresponde a la generalización de los llamados *oppida* ibéricos en la zona oriental, donde igualmente surgen en relación con ellos características necrópolis con nuevas formas funerarias, normalmente asociadas al rito de incineración. Por el contrario, el mundo turdetano hereda los poblados tartésicos y también sus necrópolis en el Sur de Portugal y Extremadura, pero estas últimas son desconocidas en Andalucía Occidental. Sin embargo, a

pesar de la mayor continuidad de las zonas occidentales, su secuencia resulta de desarrollo bastante impreciso, tanto por la existencia de marcadas diferencias locales, aún mal conocidas, como por la presencia de procesos que dan lugar a la formación de nuevas entidades étnicas, como el asentamiento de poblaciones célticas por las zonas montañosas y pastoriles del Suroeste.

Pero, en general, la evolución interna de la cultura turdetano-ibérica muestra una evidente continuidad, con un claro auge hacia el siglo IV a.C. Posteriormente, a partir de cierto momento del siglo III, la presión púnica correspondiente a la expansión bárquida, la II Guerra Púnica y la consiguiente Conquista Romana señalan una nueva etapa, denominada turdetanorromana, iberorromana o Ibérica Final, que se puede extender hasta la reorganización de Augusto y que cabe considerar como el final de estas culturas y de sus etnias respectivas, aunque, prácticamente, una gran parte de ellas, especialmente en la Turdetania, aparezcan prácticamente romanizadas mucho antes.

Cultura material y etnicidad de Tartessos y el Suroeste peninsular

El mediodía peninsular, entendido en sentido amplio, no sólo es la región más rica en recursos naturales y humanos de la Península Ibérica, sino la más variada, hecho que indirectamente facilitaba el intercambio y la interacción cultural, lo que reforzaba una tendencia natural a su integración cultural. Por ello se comprende la aparición, ya desde fechas muy tempranas de la Edad del Bronce, de una sociedad compleja con fuertes jerarquías. En el Bronce Final, a partir de una fecha que podría hacerse coincidir con la mítica de la fundación de Cádiz, ca. 1100 a.C., cada vez resultan más intensos los elementos precoloniales del Mediterráneo Oriental, explicables por la presencia de gentes que buscan las rutas metalíferas del oro y estaño peninsulares y que llegan hasta el Atlántico. Estos contactos, evidentemente reforzarían las élites existentes, cuyo carácter guerrero ya manifiesto en las losas del Alentejo del Bronce Reciente, se documenta en las estelas extendidas por todo el Suroeste, desde el Tajo al centro del Valle del Guadalquivir. Esta dispersión en buena parte coincide con los topónimos en *-ippo*, *-uba* y *-urgi*, que se han considerado tartésicos y que parecen indicar la presencia de elementos comunes que denotarían la homogeneidad relativa de estas variadas zonas desde el Bronce Final.

Prosiguiendo la tradición de los contactos precoloniales, la segura cronología de los asentamientos fenicios permite precisar que, a partir de mediados del siglo VIII a.C., éstos se han asentado en la costa y comercian con el interior de forma regular. De estos contactos surge Tartessos como foco cultural orientalizante centrado en Andalucía Occidental, aunque su influjo se percibe por amplios territorios, desde el Tajo hasta el Sureste. La fuerte jerarquización ya existente en la Edad del Bronce se debió reforzar e institucionalizar por efecto indirecto de los contactos coloniales, dando lugar a una sociedad aristocrática que debió alcanzar un desarrollo cuasiurbano, pero con formas de tipo oriental, como evidencia su al-

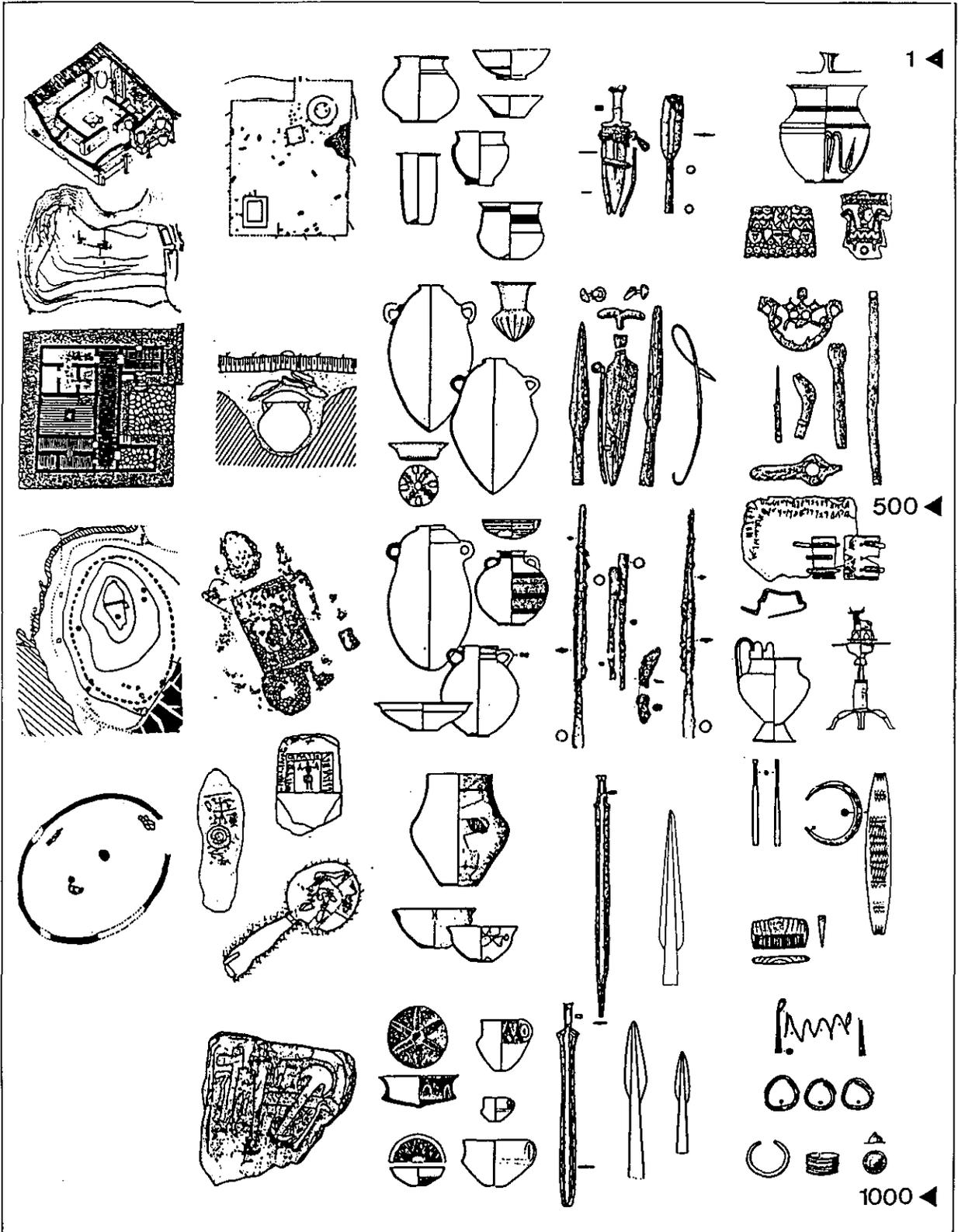


FIG. 10 Evolución de los elementos más representativos del Suroeste de la Península Ibérica (de abajo arriba). De izquierda a derecha, habitat (cabaña de Castro Verde, oppidum de Medellín, palacio de Cancho Roano, castro de Capote y casa de El Raso), ritos funerarios (losa de Assento, tumba de dromos de Casal do Meio, estelas de Ervidel II y Abóbada, túmulos y tumba de incineración de Medellín y necrópolis de Hornachuelos), cerámicas (de decoración «bruñida externa» a mano y orientalizantes y turdetanas a torno), armamento (bronce los dos registros inferiores, hierro el resto) y elementos de orfebrería y diversos (según diversos autores).

fabeto adaptado del fenicio ya en el siglo VIII a.C., o sus casas rectangulares en disposición aglutinante irregular, sus divinidades y, especialmente, su monarquía, cuyo boato evidencian las joyas áureas de tesoros como El Carambolo y las sepulturas de La Joya, Niebla, Carmona o Setefilla, con ricas importaciones fenicias o palacios cuyo eco puede verse en Cancho Roano.

Este contexto explica que los tartesios poseyeran escritura para su contabilidad, literatura mítica y un refinado arte orientalizador cuya inspiración fenicia es evidente y que se mantuvo al margen de los estímulos griegos, lo que lo diferencia de otros focos orientalizantes del Mediterráneo, como es el caso de Etruria, concediéndole evidente personalidad. Sin embargo, en su mal conocida lengua, especialmente a juzgar por algunos antropónimos, parecen identificarse elementos indoeuropeos relacionados con el mundo celta, lo que deja abiertas nuevas e importantes cuestiones sobre la interpretación étnica de estas gentes desde el Bronce Final. Además, sus relaciones atlánticas, tan evidentes en el Bronce Final incluso en aspectos ideológicos como las ofrendas de armas a las aguas, podrían ser indicio indirecto de relaciones étnicas más profundas con las poblaciones protocélticas del Occidente de Europa, aunque también debe tenerse presente cómo hacia el Este la transición resulta muy gradual hacia las poblaciones de tipo ibérico, hechos que evidencian la complejidad étnica y cultural del mundo tartésio.

La conquista de Tiro por Babilonia a inicios del siglo VI a.C., que tal vez favoreciera una reacción indígena anti-fenicia, pudo facilitar un cierto filohelenismo que permitió a los griegos focenses un intenso, aunque breve, contacto con Tartessos, llegando a establecer una factoría en Huelva. Pero tras la caída de Focea, la crisis de Tartessos se hace evidente y tuvo como resultado su desaparición hacia fines del siglo VI a.C. Este hecho parece haberse producido acompañado de graves alteraciones internas, que explicarían las destrucciones señaladas en algunos yacimientos, los cambios de patrón territorial, etc. Además, en las zonas occidentales que constituían la zona nuclear del mundo tartésio, desaparecen las necrópolis conocidas en el Período Orientalizador, de tipo aristocrático, manifestación evidente de la extinción de la sociedad correspondiente, mientras que, en las áreas montañosas, pastoriles y mineras, este vacío puede ayudar a explicar la creciente presencia de elementos célticos, que se harán cada vez más evidentes a partir del siglo IV a.C.

En conjunto, esta crisis explica suficientemente el cambio étnico y cultural que dio lugar a la aparición de los Turdetanos quienes, gracias a su substrato tartésio, eran el pueblo más culto de la Península al decir de historiadores clásicos como Estrabón, quién hace referencia a sus largos textos legales y a sus numerosas ciudades, algunas de hasta 50 Ha., como Carmo, Hasta Regia o Castulo, aunque mantuvieron su urbanismo irregular y, al parecer, siguieron regidas por reyes hasta la conquista romana, tal vez por no haber sufrido ninguna evolución social profunda. El predominio púnico debió contribuir a mantener a estas zonas occidentales apartadas y más reacias a la helenización que se observa en la Andalucía Oriental

y el Sureste. Pero a fines del siglo III a.C., como se percibe por todo el Mediodía peninsular, los turdetanos y zonas afines debieron pasar a formar parte del Imperio Bárquida, de tipo helenístico oriental, lo que supondría una transformación sociopolítica de estas áreas, proseguida tras la conquista Romana y la consiguiente romanización, rápida e intensa, bajo la que se mantenían viejas tradiciones de origen púnico, evidentes en formas culturales como la necrópolis de Carmona.

Cultura material y etnicidad de la Cultura Ibérica

Desde el Sureste hacia el Levante, se constata una decreciente difusión de los estímulos orientalizantes tartésicos junto a una aculturación fenicia paralela, evidente en Peña Negra de Crevillente y en los hallazgos extendidos a lo largo de la costa a partir del siglo VII a.C., lo que explica la aparición del torno de alfarero, el uso del hierro o las casas de planta cuadrada que, en estas zonas, reforzaban antiguas tradiciones constructivas de la Edad del Bronce. Pero la personalidad diferenciada de la Cultura Ibérica se debe, especialmente, a los crecientes influjos griegos focenses extendidos, a partir de inicios del siglo VI a.C., desde Marsella y Ampurias, por toda la costa mediterránea del Levante y Sureste.

Es evidente la gran variedad de la Cultura Ibérica, al extenderse casi 1000 km. desde el Rosellón hasta Andalucía, pero aún es más sorprendente su relativa homogeneidad, sólo explicable por un substrato relativamente común, que es necesario retrotraer a la Edad del Bronce y que permitiría comprender la evidente proximidad lingüística, documentada por textos epigráficos y topónimos, de todas las regiones peninsulares del Levante. A su vez, su desarrollo cultural relativamente uniforme se vería potenciado por los contactos o interrelaciones internas y por el influjo griego, que en este sentido pudo actuar, a la larga, como elemento unificador. Sin embargo, no debe pasar desapercibido que los pueblos ibéricos parecen ofrecer un doble substrato cultural y, muy probablemente, también étnico. En el Sur, predominan los influjos y estímulos tartésicos, como evidencia el monumento de Pozo Moro, y, a pesar de la presencia griega en los siglos V y IV a.C., siguieron influidos por el mundo púnico y reacios a una helenización efectiva, salvo en lugares muy concretos, como en torno a Hemeroskopion, en Alicante, donde se adoptó parcialmente un alfabeto de tipo jonio, o en Sagunto, estrechamente vinculada a los intereses focenses de Ampurias. Por el contrario, en las zonas más septentrionales, a partir de la llanura valenciana, predomina el influjo de su substrato de Campos de Urnas, aunque éste queda paulatinamente amortiguado hacia el Sur por el creciente predominio del substrato local del Bronce Ibérico, mientras que al Norte es el influjo directo de Ampurias, última colonia griega de Occidente, el que jugó un papel determinante en la transformación del substrato.

Este hecho explica la diversidad étnica ibérica y es esencial para comprender no sólo su articulación interna, sino, en relación con ésta, su evolución general, en la que destacan bastetanos y oretanos en su zona

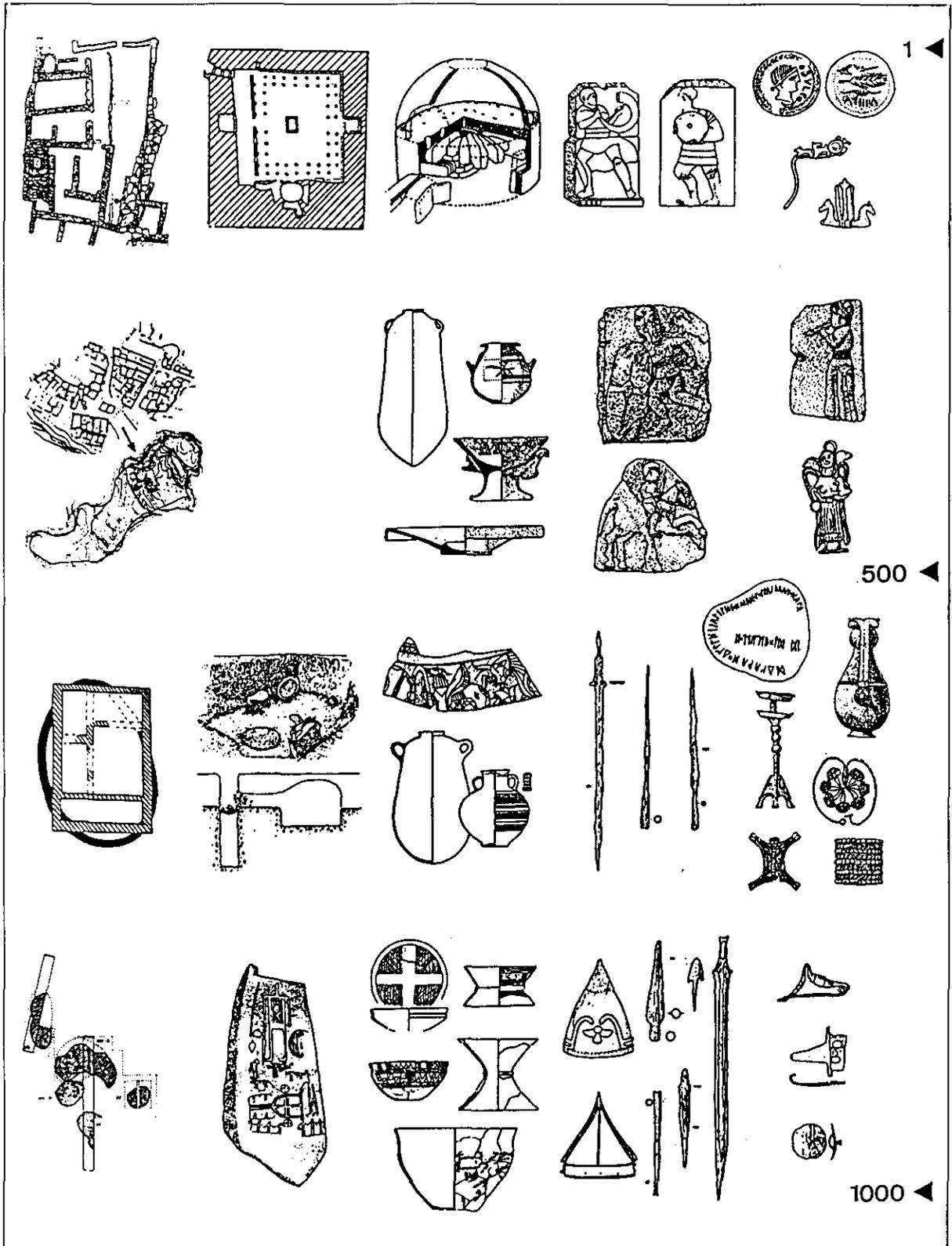


FIG. 11. Evolución de los elementos más representativos del Mediodía de la Península Ibérica (de abajo arriba). De izquierda a derecha, hábitat (chozas de Almonte, casa rectangular sobre cabaña oval de Montemolin, oppidum de Tejada la Vieja y casa-palacio de Alhonor), ritos funerarios (estela de Ategua, tumba de cámara de La Esperanza, Huelva y tumba hipogea con peristilo de Carmona), cerámicas (a mano de tipo «Carambolo» y «reticula interna» y a torno orientalizantes y turdetanas, y reconstrucción de un horno), armamento (bronces de la Ría de Huelva, ajuar de hierro de Niebla y relieves de Osuna) y elementos de adorno y diversos (según diversos autores).

meridional, contestanos en el Sureste y edetanos en Valencia, ilergetes y sedetanos en el Valle del Ebro e ilerjavones, cosetanos, ausetanos, indiketes, sordones, etc., por Cataluña hasta más allá de los Pirineos.

En las zonas meridionales es evidente cómo el largo proceso etnogenético de la iberización hunde sus raíces en plena Edad del Bronce, pues el límite entre Turdetanos y Bastetanos parece coincidir hasta cierto punto con los límites de la Cultura Argárica y con la línea Baena-Fuente Tójar-Almedinilla que señala la presencia de *oppida* asociados a necrópolis, inexistentes más al Oeste.

Hacia el 700 a.C. un rápido proceso de cambio se evidencia en la temprana introducción del torno, de casas cuadradas y del hierro, asociados a fuertes influjos fenicios desde las costas, aunque prosiga el influjo tartésico en bronce, cerámicas bruñidas o pintadas, etc. Este proceso conduce a la relativa uniformidad cultural alcanzada en el siglo VII a.C., relacionada con la transformación socioeconómica de la que surge la sociedad más diferenciada y con jerarquías aristocráticas del Período Orientalizante. Dicho proceso explica, a partir del Ibérico Antiguo, una colonización agrícola y la paralela aparición de fortificaciones. En el siglo VI a.C. es segura la adaptación de la escritura tartésica que da lugar a las ibéricas, aunque entre los siglos V y III a.C. también se utilizó el alfabeto griego, que sólo prosperó en una zona muy limitada del Sureste. Paralelamente, se documenta una creciente fijación de fronteras, marcadas por torres defensivas y la desaparición de la población agraria dispersa, lo que indica un aumento de la inseguridad, que lleva a la consolidación de los *oppida* y a la desaparición de las *turris* a lo largo del siglo V a.C.

Estos *oppida*, forma de población fortificada característica de la Cultura Ibérica, eran mayores y más densos en el mundo ibérico meridional y más aislados y menores en el septentrional. Progresivamente, los más importantes de ellos tenderían a consolidarse como estados, lo que explica que, a pesar de la variedad y falta de estructura ciudadana que parece reflejar la organización política ibérica, fuera de algún caso aislado como Sagunto, los etnónimos coincidan siempre con ciudades epónimas. Estas se convertirían en sede de las élites sociales dominantes e irían adoptando funciones de centros políticos y territoriales, a medida que fueran absorbiendo centros menores y que la creciente conciencia étnica de las respectivas poblaciones fuera cristalizando en nuevas estructuras políticas.

La evolución en el siglo V a.C. explica la sustitución de las formas monárquicas sacras de tradición tartésica, como en Pozo Moro, por otras de tipo heroico, como refleja el *heroon* de Porcuna o la tumba de la Dama de Baza, con ricas panoplias funerarias que ponen de manifiesto su origen en aristocracias de tipo guerrero. Su expansión hacia el Oeste, evidenciada por formas escultóricas y cerámicas de inspiración griega, iberizaría áreas previamente tartésicas, aprovechando el creciente influjo helénico reflejado en nuevas corrientes comerciales que buscarían la plata del Sureste y Sierra Morena como alternativa a la de Tartesos.

En el siglo IV a.C. se imponen aristocracias guerreras más isónomas o igualitarias, a juzgar por sus necrópolis tumulares de incineración, con armas e importaciones áticas, pues estas élites se benefician de los crecientes intercambios coloniales. Estas élites debieron dominar las poblaciones de tipo *oppidum* que constituían centros jerarquizados de control de un territorio circundante. Muchos alcanzan hasta 10 Ha. y ofrecen cierta tendencia urbanística, reflejando una creciente complejidad social en su artesanado, cuyas mejores creaciones, al servicio de dichas élites, reflejan los cambios de moda en los gustos, sustituyendo esquemas orientalizantes por otros helénicos o locales. Sin embargo, no parecen existir edificios públicos o de tipo ciudadano, fuera de las construcciones de prestigio de las aristocracias.

Hacia el siglo III a.C. las monarquías de régulos tienden a reaparecer, pero poco estables y dependientes de los Bárquidas, que las utilizan para su política imperial, como seguirá haciendo Roma en la fase inicial de la conquista. Al mismo tiempo, la difusión del helenismo fue aumentando progresivamente tras la llegada de Roma, alcanzando en los centros principales rasgos de vida urbana, como en Sagunto, que según las noticias contemporáneas a su enfrentamiento a Aníbal a fines del siglo III a.C., poseía un senado aristocrático, magistrados electos, moneda, tesoro público y templos urbanos.

Este proceso de creciente urbanización, cada vez más generalizada tras la Conquista Romana, prosiguió a partir del siglo II a.C., siendo uno de los elementos esenciales del dominio de Roma, que se basaba, tanto en la Turdetania como en todo el mundo ibérico y, más adelante en el interior, en un apoyo a las oligarquías dominantes, progresivamente y rápidamente romanizadas, quedando absorbidas en el sistema clientelar romano. En este proceso, la paz consiguiente a la romanización supuso una fase de auge y de progresivo desarrollo, que a su vez favoreció el consiguiente proceso de romanización, que sólo culmina en el Imperio, ya que alguna de las creaciones más significativas del Arte Ibérico, como sus cerámicas de estilos figurados de tipo Elche, Liria, etc., aunque responden a tradiciones míticas y rituales plenamente ibéricas, son creaciones características de esta última fase del mundo ibérico.

En conclusión, las áreas mediterráneas de la Península Ibérica son las mejor conocidas desde el punto de vista de su estructura paleoetnológica. En este hecho debe verse el reflejo del mayor contacto con los pueblos históricos que han dejado, en consecuencia, más referencias históricas, un desarrollo más rico y variado, incluyendo importantes testimonios epigráficos, que permiten su mejor comprensión y que, en consecuencia, ha atraído más el interés de los especialistas hacia su estudio.

Pero, a pesar de esta situación o, incluso, precisamente gracias a ella, son cada día más atrayentes los problemas que suscita. Empezando por el papel de los pueblos coloniales en los procesos formativos de estas etnias y sus resultados en los fenómenos de homogeneización y diversificación resultantes. También en el análisis de las variaciones de la cultura material, la

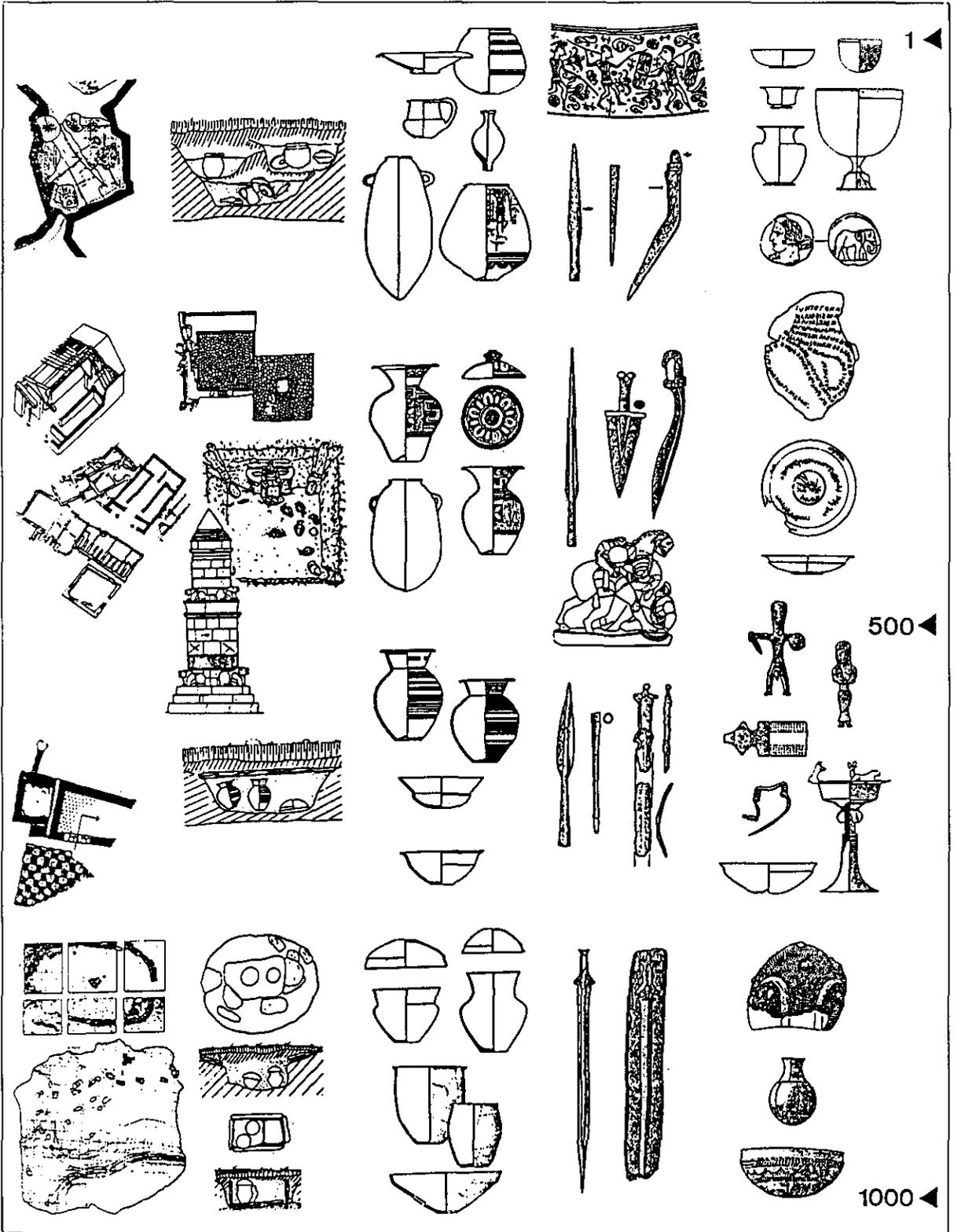


FIG. 12. Evolución de los elementos más representativos del Sureste y Levante de la Península Ibérica (de abajo arriba). De izquierda a derecha, hábitat (poblado y cabaña del Peñón de la Reina, santuario de La Muela, en Cástulo, «regia» ibérica de El Campello y plano de Cartago Nova), ritos funerarios (incineración en cista del SE. y en hoyo de Cástulo, monumento de Pozo Moro, tumba de cámara de la dama de Baza, túmulos «principescos» e incineraciones en urnas ibéricas de El Cigarralejo), cerámicas (a mano, a torno orientalizantes, ibéricas antiguas, id. recientes), armamento (de bronce el registro inferior, de hierro el segundo, relieve de Porcuna, armas ibéricas y cerámica de Liria) y elementos de adorno y diversos (según diversos autores).

organización social, la religión, la lengua, etc., para llegar a delimitar y comprender mejor los distintos pueblos. Especialmente, si resulta lógica la variedad existente entre los pueblos ibéricos desde el Sureste al Rosellón, aún más atractivo es llegar a explicar cómo se produjo la relativa homogeneidad de zonas tan distantes, con substratos culturales y tal vez étnicos diferentes, que no se sabe aún bien cómo se articulaban en el campo lingüístico o en el ideológico. A su vez, en la zona meridional, es necesario comprender mejor el proceso formativo de Tartessos, su relación con el substrato céltico y/o mediterráneo, su disolución en el mundo turdetano, así como avanzar en la complejidad cultural, social y lingüística de todas esas áreas meridionales que evidentemente engloban, en el lapso de tiempo aquí estudiado, diferentes entidades étnicas, algunas apenas conocidas.

EL NE. DE LA PENINSULA IBERICA (fig. 13)

El NE. de la Península Ibérica, incluyendo especialmente Cataluña, el sector oriental de la Cuenca del Cinca, así como el Bajo Aragón y el Norte del País Valenciano, ofrece en estos períodos una clara interrelación, en gran medida derivada de la aparente uniformación que los elementos de origen ultrapiroenico —Campos de Urnas— imponen en todas estas áreas. A pesar de que los diferentes substratos regionales de la Edad del Bronce —junto al diferente grado de aculturación que sufren las distintas áreas— den lugar a matices regionales más o menos acusados, la vinculación con las áreas del Mediodía francés es notoria en los primeros momentos del Bronce Final, aun cuando las influencias parecen ser más fuertes en el plano cultural y mucho menos en el demográfico. En cualquier caso las poblaciones del Bronce Final en el NE. inician —o simplemente intensifican en ciertas áreas— un proceso, la progresiva fijación al territorio, que hay que relacionar con la consolidación de una agricultura intensiva entre estas comunidades, por otro lado autosuficientes y de reducidas dimensiones. En el curso de ese proceso los desarrollos autóctonos irán definiendo la personalidad de cada región. Los aportes mediterráneos, a partir de mediados del s. VII a.C., primero fenicios y después griegos, introducirán una serie de novedades importantes: la metalurgia de hierro y el torno de alfarero, que tienen un efecto temprano en las áreas costeras y luego irán lentamente difundándose hacia el interior, junto a no menos importantes transformaciones socio-económicas que dan lugar a la aparición de élites por efecto de los contactos con el mundo colonial.

En la articulación de esos estímulos coloniales mediterráneos y la evolución de las sociedades indígenas hay que buscar el origen del proceso de iberización que, a lo largo del siglo VI y sobre todo en el V a.C., configura una nueva etapa, con nuevas bases socio-económicas. La continuidad entre el substrato de Campos de Urnas y el mundo ibérico es evidente. Las fuertes influencias costeras hacia el interior y la adopción del alfabeto ibérico, entre otras cosas, configuran unos pueblos «ibéricos» que se desarrollarán dentro de la órbita mediterránea del mundo ibérico

con evidentes influjos meridionales y del mundo colonial griego, pero sus raíces en la fusión del substrato indígena y los elementos de Campos de Urnas están fuera de toda duda. El hecho de que en un momento tardío prácticamente en todas las áreas del NE. se documente una lengua ibérica puede tener varias explicaciones. Entre ellas, la más probable es que nunca se llegara a producir una indoeuropeización completa y homogénea a nivel lingüístico, sin olvidar que el hecho de que se escribiera en ibero no implica que todos los grupos lo hablaran, pues cabe la posibilidad de que se empleara como «lengua vehicular» entre todas las comunidades de estas regiones. Todas estas áreas, parecen quedar casi por completo al margen del fenómeno de «celtización» que encontramos en otras áreas peninsulares, lo que constituye una prueba más a favor de desvincular, al menos en gran medida, los elementos célticos de la Edad del Hierro del fenómeno de los Campos de Urnas del Bronce Final.

Secuencia cultural

Sobre un mosaico de substratos locales diferenciados del Bronce Medio o Pleno inciden a partir del tránsito del II al I milenio a.C. los elementos centroeuropeos del mundo de Campos de Urnas. El comienzo del Bronce Final se hace así coincidir con el inicio de los influjos continentales y las recientes dataciones radiocarbónicas permiten fechar ese momento alrededor del 1100 a.C. Los componentes de Campos de Urnas actuaron con diferente intensidad según las áreas, más fuertemente en «áreas abiertas» (Ampurdán, depresión pre-litoral catalana, Valle del Segre y Bajo Aragón) y con más debilidad en «áreas cerradas» (Cataluña interior y Pirineos), donde el sustrato autóctono pervive con más fuerza.

La primera etapa, Campos de Urnas Antiguos o Bronce Final II (ca. 1100-900 a.C.) ofrece una cierta uniformidad en las formas y decoraciones cerámicas acanaladas aunque la cremación como ritual funerario no se imponga rápidamente, lo que debe reflejar, por un lado, la comunidad de origen de los pequeños grupos infiltrados y por otro, la resistencia de los grupos más aislados de las «áreas cerradas» a la adopción de las nuevas costumbres funerarias. El nuevo ritual y la organización de los asentamientos parecen reflejar una nueva organización social, probablemente ya de tipo gentilicio, que en muchos aspectos marca las diferencias más importantes frente a las poblaciones autóctonas de la Edad del Bronce. A partir de los Campos de Urnas Recientes o Bronce Final III (900-700/650 a.C.), se inicia un proceso de desarrollo independiente en cada área —aunque con evidentes contactos— que irá dotando de personalidad propia a cada grupo regional. La consecuencia más importante es el proceso de territorialización y la configuración de la base poblacional que con una clara continuidad posterior se transformará en el conjunto de etnias prerromanas conocidas a finales de la Edad del Hierro.

Ese proceso de territorialización se produce paralelamente a nuevas expansiones de elementos de Cam-

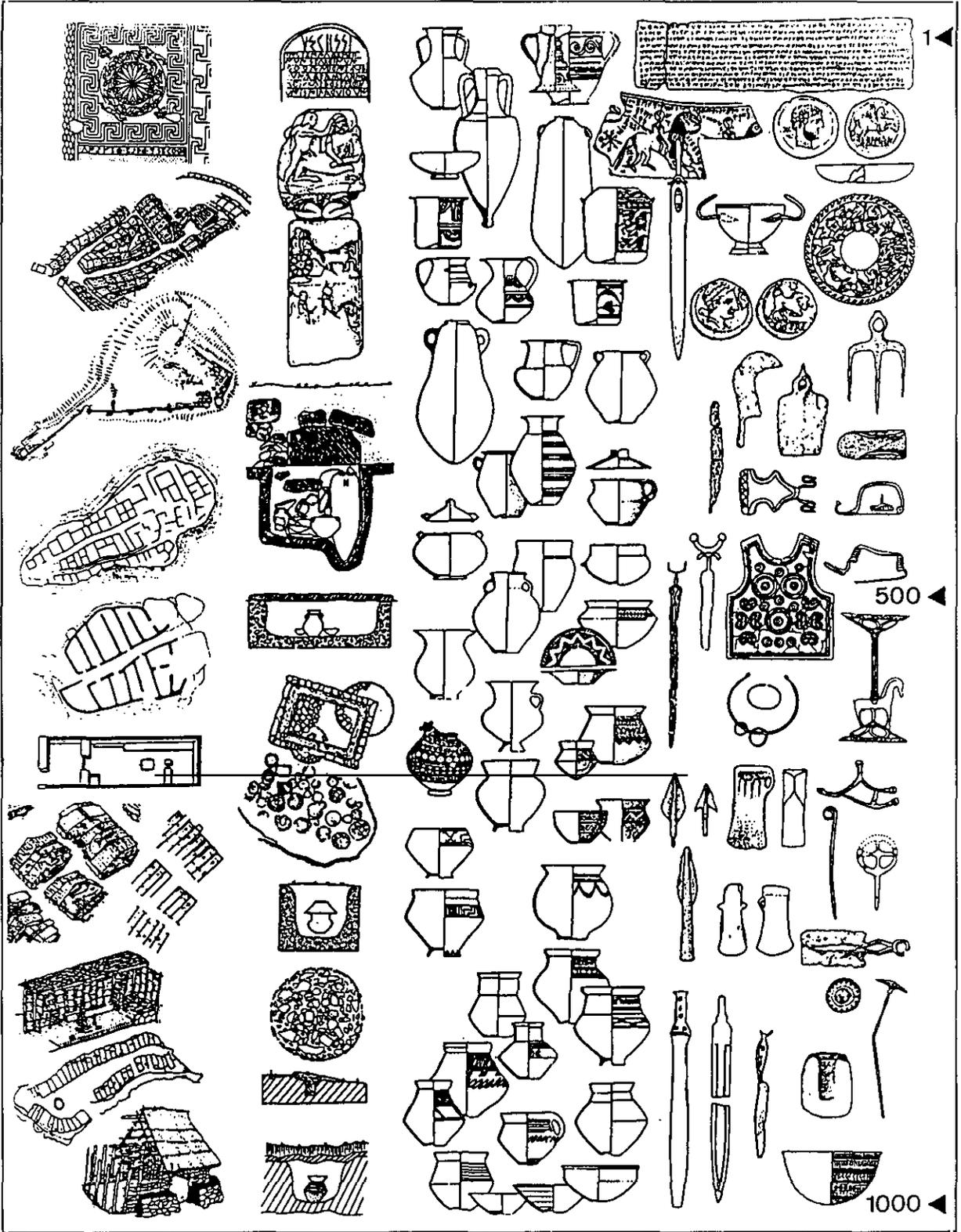


FIG. 13. Evolución de los elementos más representativos del Nordeste de la Península Ibérica y del Valle del Ebro (de abajo arriba). De izquierda a derecha, hábitat (cabaña de La Fonollera, poblado y casa de Cabezo de Monleón, planta, reconstrucción y casa de Cortes de Navarra, poblados de La Gesera y de Jebut, oppidum de Ullastret, reconstrucción del oppidum de La Hoya y mosaico con inscripción celtibérica de La Caridad), ritos funerarios (urna en hoyo y túmulo de incineración, túmulos de La Pedrera y Mequinenza, tumbas de Agullana y Cabrera del Mar y monumento de Mallá), cerámicas (a mano, a torno orientalizantes e ibéricas antiguas y recientes), armas e instrumentos (de bronce en los dos registros inferiores, de hierro el resto) y elementos de adorno y diversos (según diversos autores).

pos de Urnas a partir de algunas de las áreas de ocupación inicial: así desde el Bajo Cinca-Segre y el Bajo Aragón hacia el Medio y Alto Ebro —dando lugar a un nuevo grupo individualizado— y desde el Sur de Cataluña hacia el Levante, donde parece que sólo puede hablarse de limitadas infiltraciones en el medio local del Bronce Valenciano.

A partir de mediados del siglo VII a.C. la presencia colonial fenicia en las costas mediterráneas inicia un proceso de aculturación, que continuará más tarde —desde el 2.º cuarto del siglo VI— con el elemento griego a través especialmente de Emporion y que conduce, sin solución de continuidad a la emergencia del mundo ibérico a lo largo del siglo VI a.C. en las regiones costeras y algo más tarde en las del interior, con una tendencia a organizarse en pequeños oppida que llegan hasta la romanización. Curiosamente, las antiguas áreas con fuerte presencia de Campos de Urnas son las que ven el proceso de iberización, mientras que en el Medio y Alto Ebro se prolonga el mundo anterior, de tradición de Campos de Urnas, donde a fines del siglo IV a.C. o poco antes algunas áreas más próximas al Sistema Ibérico se engloban en el mundo celtibérico, seguramente como consecuencia de una expansión periférica del mismo.

La creciente interacción cultural y étnica explican la semejanza que evidencian la cultura material de los diversos grupos humanos, cada vez más unificados por un progresivo proceso de iberización y, en consecuencia, de helenización, que se desarrolla hasta la llegada de Roma y el consiguiente proceso de romanización, relativamente temprano en estas áreas septentrionales del mundo ibérico.

Cultura material y etnicidad.

Es muy difícil, si no imposible, hacer hablar a datos obtenidos con antiguas preguntas, con preguntas nuevas. Esto es evidente en el NE. de la Península Ibérica. Todo ello sin mencionar las dificultades y controversias existentes hoy día en torno a la relación o supuesta relación entre cultura material y etnicidad. Con todas estas limitaciones lo más razonable parece intentar: (1) partir de la identificación de las etnias en las fuentes clásicas, (2) analizar la correlación o no entre datos arqueológicos y grupo étnico y (3) remontarse progresivamente en el pasado para descubrir las posibles raíces de los grupos prerromanos, en la identificación convencional de culturas o grupos arqueológicos del B.F. y I.ª Edad del Hierro.

Además, las nuevas caracterizaciones materiales en el tiempo y el espacio no abordan el problema de la organización y evolución social, tema clave para entender una aproximación a un fenómeno de etnogénesis. Y encima no contamos con un cuerpo de datos representativo ni cualificado en la mayor parte de las áreas para iniciar ni siquiera la simple caracterización material de un grupo regional. Todo ello explica que los resultados no sean demasiado alentadores.

Quizá los datos más interesantes provengan de las regiones orientales de Cataluña, unas de las mejor conocidas. El trabajo de Sanmartí y Padro pone de relieve, con bastante acierto, cómo los dos primeros puntos señalados más arriba puede llevarse a cabo;

manejan para ello el tipo de hábitat, los tipos cerámicos característicos y los sistemas de almacenamiento de grano. Proponen que, hasta cierto punto, las etnias de ilergavones, cosetanos, layetanos, indiketes, ausetanos, íacetanos, ilergetes y cerretanos tienen unos correlatos arqueológicos diferenciados en los tres aspectos citados. También interesante es que estos pueblos ocupan unos territorios definidos: Bajo Ebro, zona tarraconense, zona barcelonesa, Ampurdán, Cataluña interior, Bajo Segre y Pirineos respectivamente, que tienen una caracterización diferenciada también en el Bronce Final. Se puede plantear la hipótesis de que ya en las últimas fases del Bronce Final existía un poblamiento diferenciado relativamente y que tenía una base territorial y una organización tribal y que a partir de ahí se incrementa el fenómeno de «conciencia de grupo» que cristalizará en el mundo ibérico tardío que llegan a conocer los escritores greco-romanos. Las cosas están mucho menos claras en las tierras del interior; en todo caso parece existir también una continuidad entre los grupos del Hierro del Ebro Medio (Cortes de Navarra) y las etnias de berones, lusones y suessetanos, aunque la caracterización material de estos grupos a finales de la Edad del Hierro es todavía bastante pobre. En el Alto Ebro parece que la sierra de Cantabria ha estado actuando de frontera entre un mundo «atlántico» y otro «mediterráneo» y resulta significativo que la división entre autrigones y vascones por un lado, de los berones, más meridionales, pueda correlacionarse con la diferenciación existente en la Primera Edad del Hierro entre el grupo Oro-Henayo de la llanada alavesa y el de la ribera del Ebro (La Hoya).

LAS REGIONES DEL INTERIOR PENINSULAR (fig. 14)

Las regiones centrales de la Península Ibérica comprenden la Meseta, subdividida en dos grandes unidades por la Cordillera Central, y Extremadura, zona de personalidad propia y de transición entre la Meseta y las regiones del Oeste y Mediodía peninsulares. Estas regiones centrales, especialmente la Meseta, son de gran dureza de vida pues su altura alcanza los 1000 m., aunque decrece paulatinamente hacia el Sur y Oeste donde apenas se rebasan los 400 m. Sin embargo, a este hecho se añade el de su formación geológica, que diferencia una región oriental, kárstica y sedimentaria, de las regiones más occidentales, de tipo silíceo, que se prolongan sin solución de continuidad hacia el Atlántico, cambio que tiende a acentuar la afinidad de las regiones orientales hacia el Mediterráneo y a hacer más permeables los influjos ibéricos, mientras que las occidentales están más abiertas a las regiones atlánticas. Estas diferencias contribuyen a la articulación interna del centro peninsular, en gran medida atenuada por la interrelación entre todas sus zonas relativamente fácil, dado su carácter llano y abierto.

Pero el principal problema que plantea su estudio es la escasa información disponible para algunas extensas áreas donde apenas existen excavaciones ni prospecciones fiables y también se carece de datos

lingüísticos, lo que hace que existan todavía algunos de los mayores vacíos de la Protohistoria de Europa, por lo que los trabajos de síntesis sobre esta región deban ser considerados de carácter preliminar.

Secuencia cultural

A partir del Bronce Final cabe señalar tres etapas culturales en la Meseta: la Cultura de Cogotas I, la I Edad del Hierro, como período de transición con diversas influencias que cristaliza en diversas formaciones étnicas, y la II Edad del Hierro, en que se produce la iberización de las etnias ya formadas y el posterior proceso de romanización. Pero esta periodización teórica adolece en muchas zonas de falta de datos para establecer una cronología interna, lo que dificulta el análisis de su evolución cultural así como de la transición de unas áreas a otras para relacionar los datos arqueológicos con las distintas unidades étnicas.

El Bronce Final de la Meseta está bien representado por la Cultura de Cogotas I, aparentemente uniforme a partir de sus rasgos más característicos: cerámicas excisas y de boquique, armas e instrumentos de origen atlántico en sus fases avanzadas, pequeños asentamientos de silos y ligeras cabañas que denotan un hábitat poco estable y una economía de base pastoril en la que parece predominar el ganado menor. En la Meseta Sur, Cogotas I, mal conocida todavía, se limita a la zona de los afluentes del Tajo, pero falta prácticamente en las regiones occidentales y en la Mancha, donde existe un vacío dada su presencia en gran parte de Andalucía, que debe atribuirse a falta de investigación y a la perduración del substrato local de la Edad del Bronce quizás relacionado con la tradición de la Cultura de las Motillas y el Bronce Ibérico de áreas levantinas, pertenecientes ambas a un mismo substrato cultural y, verosimilmente étnico, que explica la posterior extensión por esas zonas del sur y sureste de la Meseta de pueblos ibéricos como bastetanos y oretanos.

La cultura pastoril de Cogotas I se diluye a partir del siglo IX a.C. en un proceso mal conocido, del que emerge una situación muy distinta, aparentemente de ruptura respecto a la tradición del Bronce Final. En este hecho, más que cambios étnicos que a veces se han supuesto, debe verse la adopción de nuevas formas de subsistencia, de control territorial y de organización social más compleja, resultado de influjos recibidos tanto desde la zona tartésica como desde los Campos de Urnas del Ebro, por lo que parece el momento de partida de los procesos de etnogénesis que configuran las poblaciones posteriores.

El grupo del Soto de Medinilla, centrado en torno a la cuenca media del Duero, especialmente al Norte del río, se configura a partir del siglo VIII a.C. con poblados estables y permanentes de casas redondas cuya ruptura respecto a Cogotas I se evidencia por la discontinuidad espacial de los hábitats, las características de los asentamientos y los tipos cerámicos. Parece evidente que la gestación del grupo Soto se debió producir por influjos externos sobre el sustrato local que procedían, por un lado, de las áreas meridionales

atlánticas y, por otro, del Ebro Medio, pero ni los estímulos del mundo tartésico ni los del grupo de Cortes de Navarra explican por sí solos las peculiares características del mundo del Soto.

En la Meseta Sur y el Sistema Ibérico, desde el grupo del Redal en el Ebro hasta Crevillente, a partir del siglo IX a.C., aparecen chozas redondas y metalurgia del Bronce Final Tartésico asociadas a cerámicas incisas y a nuevas formas decoradas con pintura postcocción, comparables a las del grupo Soto en la Meseta Norte, hasta que a partir del siglo VI a.C. hacen su aparición los elementos denominados de «Campos de Urnas de la Meseta», asociados a castros y al rito de incineración, extendidos desde el Sistema Ibérico, que ya pudieran corresponder a la formación del mundo celtibérico. Poco después se configuran en torno a la cuenca sedimentaria del Duero y en sus rebordes montañosos una serie de grupos «castreños» —soriano, del Sistema Central, zamorano, etc.—, cuyo desarrollo se inicia a lo largo de los siglos VII-VI a.C. con algunos rasgos culturales diferenciales.

La II Edad del Hierro se suele equiparar a la «iberización», mal definida por la aparición de cerámicas a torno pintadas desde el Sudeste y Andalucía, difundándose posteriormente hasta las zonas septentrionales. Una fase I ofrece pequeños poblados de tipo castro escasamente defendidos, con viviendas rectangulares, adosadas unas a otras, cuyo origen inmediato parece situarse en el valle del Ebro, y la incineración se extiende desde las necrópolis celtibéricas del Sistema Ibérico y las ibéricas de la región de Albacete. Perduran cerámicas a mano, como las decoradas «a peine» del mundo protovaceo y protovetón, que van siendo paulatinamente sustituidas por cerámicas a torno oxidante pintadas, denominadas «ibéricas» en la Meseta Sur y «celtibéricas» en la Norte, reductoras grises, estampilladas, etc. que predominan según qué áreas pudiendo llegar a tener cierto valor etno-cultural.

La fase II, paradójicamente peor conocida, coincide con la entrada de la Meseta en el registro histórico durante los conflictos de la II Guerra Púnica y la posterior Conquista Romana. Pero el hecho más significativo es la aparición de *oppida* o grandes «castros» fortificados que denotan una progresiva jerarquización territorial, rastreable desde el siglo VI a.C. entre los Oretanos pero que en gran parte de la Meseta refleja un tardío desarrollo quizá acentuado por la inestabilidad inducida por la presencia en la región de los ejércitos púnicos y romanos.

Cultura material y etnicidad

La mayor parte de esta amplia región prácticamente estaba ocupada por gentes procedentes de un substrato lingüístico y cultural, aún mal conocido, que pudiera ser de tipo protocelta y, en tal caso, de origen muy antiguo, ya que conservaban muchos elementos de una sociedad muy primitiva, de tipo indoeuropeo predominantemente pastoril, que se atestigua por todo el Centro y el Noroeste peninsulares al menos ya desde el Bronce Final, explicando las afinidades lingüísticas e ideológicas de todas estas regiones, más evidentes

cuanto más al Norte y al Oeste, como evidencian Vetones y Lusitanos o los Astures y Cántabros, cuyos territorios rebasaban la Meseta.

En el Bronce Final se perciben los citados influjos atlánticos y tartésicos alternos o entrecruzados dentro de una evidente continuidad del substrato, pero al llegar a la llamada Edad del Hierro, hacia el siglo VII a.C., a pesar de la ausencia de contacto directo con los estímulos coloniales, éstos también se dejan sentir indirectamente repercutiendo en fuertes cambios de su estructura socio-cultural que representan el inicio de los variados procesos de etnogénesis que conducen a la aparición de los pueblos prerromanos, como parece indicar la continuidad de sus habitats y necrópolis ya hasta la romanización.

Este proceso se acentúa a partir de mediados del I milenio, cuando la Cultura Ibérica, a través de un creciente proceso de «iberización», fue influyendo progresivamente en todas las gentes del interior, prosiguiendo los citados procesos de etnogénesis de los pueblos prerromanos conocidos a través de las fuentes escritas, cuya clasificación étnica y cuya delimitación territorial resulta difícil en muchos casos dada la complejidad de sus procesos formativos y su relativa movilidad.

Así se comprende, por ejemplo, en la Meseta Norte, la formación en el Sistema Ibérico del núcleo esencial de los celtíberos, mientras que la separación de celtíberos y carpetanos y vacceos parece intuirse por la ausencia fuera del reborde oriental de la Meseta de necrópolis de incineración con armas, pero queda abierta la diferencia étnica entre celtíberos propiamente dichos y olcades y turmodigos. Hacia el Occidente, tanto vacceos, delimitados por las llanuras del Duero, como vetones, en las zonas silíceas occidentales, se vieron progresivamente influidos por el mundo celtibérico, que, hacia el Norte, debió influir de forma paralela sobre turmodigos y sobre cántabros y astures, cuyos territorios ya rebasaban la Meseta.

En las regiones meridionales de la Meseta Sur las necrópolis ibéricas de Albacete permiten distinguir a bastetanos de oretanos en las llanuras de la Mancha y de los Olcades, extendidos por las estribaciones meridionales del Sistema Ibérico y cuyo ritual funerario parece confirmar su «celticidad». Bastetanos y oretanos deben considerarse de estirpe ibérica, aunque éstos progresivamente celtizados pero que mantuvieron sus contactos ancestrales con Andalucía, lo que explica la temprana aparición de grandes *oppida*. Pero para definir a los carpetanos, cuyos testimonios lingüísticos también son raros, apenas puede considerarse su relación con el substrato de la Cultura de Cogotas I, lo que permitiría relacionarlos con el antiguo substrato proto-céltico que también parece señalarse por la Meseta Norte. La falta de otros rasgos más peculiares puede interpretarse como una característica real de región de transición, mientras que la distribución de los verracos parece indicar la frontera entre carpetanos y vetones.

A su vez, las zonas silíceas occidentales, especialmente la penillanura extremeña, marcan la transición hacia las regiones atlánticas, como indican los depósitos de bronce, tesoros, cerámicas y estelas decoradas del Suroeste durante el Bronce Final. A partir del siglo

VII a.C., influjos tartésicos configuran un horizonte orientalizable, constatado tanto en la cultura material como en la lingüística, extendido hasta la comarca toledana de la Jara, que se disuelve tras la crisis de Tartessos hacia fines del siglo V a.C. Entonces aparecen grandes «castros» que paulatinamente se extienden hacia el área vetona, mientras que necrópolis de incineración con armas, procedentes del mundo vetón e, indirectamente, de la expansión «celtibérica», permiten explicar mejor la identidad de los célticos del Suroeste y los procesos de interetnicidad que debieron producirse en esas zonas pastoriles y mineras entre túrdulo-turdetanos, lusitanos y vetones. En ellas cabe señalar tres áreas: hacia el centro y Oeste, la Lusitana, en el Noreste, la Vetonia y en el Sur, la Beturia céltica, de transición hacia la Turdetania, datos que deberán ser contrastados en el futuro a medida que se disponga de mayor información.

Pero el hecho más destacado de estos procesos tal vez sea la aparición en las zonas próximas a las altas tierras del Sistema Ibérico, a partir del siglo VI a.C., de jerarquías guerreras que se entierran con panoplias de armas en necrópolis de incineración que se pueden identificar con las necrópolis celtibéricas, hasta las que llegan ciertos influjos de los Campos de Urnas tardíos del Noreste peninsular. Estas gentes, que habitan en castros y controlan pequeños territorios que se explotaban básicamente de forma comunitaria con una estructura socio-económica ganadera y guerrera, prosiguen hasta la aparición de Roma, en que aparecen identificados como celtíberos. Por ello parece aconsejable atribuirles este etnónimo desde el inicio de su proceso formativo, documentado en el paso del Bronce Final a la Edad del Hierro, a pesar del carácter cultural y probablemente exógeno de este término. Este hecho explica que muchos investigadores prefieran utilizarlo sólo para referirse a las últimas fases de la Cultura Celtibérica, cuando el influjo ibérico resulta más evidente, especialmente en las cerámicas a torno, lo que ha planteado un debate terminológico aún no cerrado y que afecta a toda la Meseta y parte del Valle del Ebro. En efecto, cabe utilizar el término «celtibérico» en sentido cronológico, tradicionalmente en relación con la aparición de cerámicas a torno oxidantes, o en sentido étnico, lo que parece más adecuado al valorar la entidad correspondiente desde su proceso formativo, como confirma la continuidad, repetidamente señalada, de necrópolis y poblados de tipo castro al menos desde el inicio de la Edad del Hierro.

En todo caso, el desarrollo hacia la vida urbana de estas gentes del interior fue más lento que en la periferia. Este proceso, en gran medida se debió a la asimilación de elementos ibéricos, como el torno de alfarero o el alfabeto ibérico, lo que les dio una particular personalidad, muy diferente de la Cultura de La Tène centroeuropea, como percibieron los autores clásicos al denominarlos como *celtíberos* y diferenciarlos de los Celtas de más allá de los Pirineos. Estos celtíberos se distinguieron de otros pueblos próximos por su sociedad guerrera y su sistema gentilicio basado en una economía esencialmente pastoril, ya que, aunque «iberizaron» su cultura material, a partir de mediados del milenio, dando lugar a su peculiar «Cultura Celtibérica», mantuvieron su estruc-

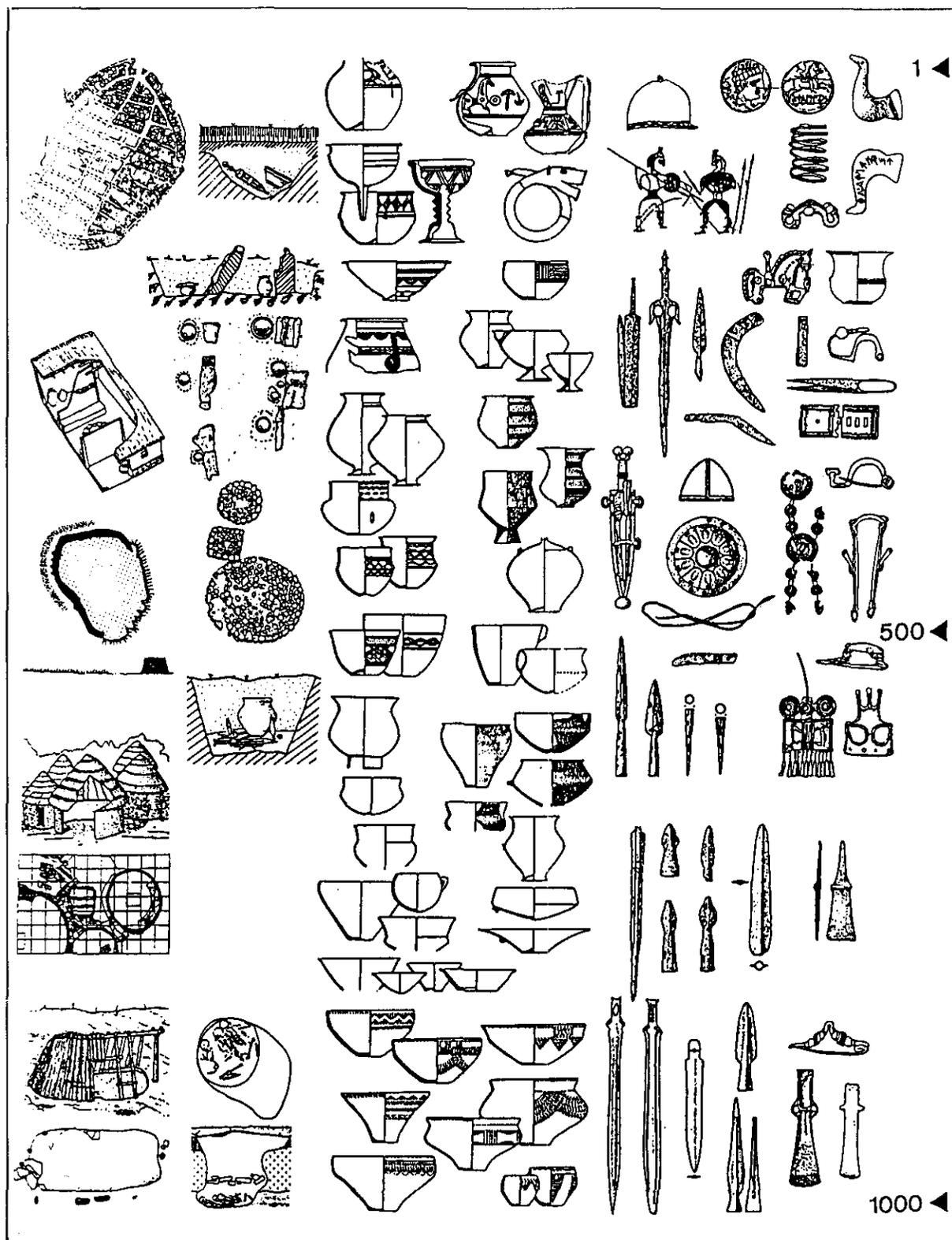


FIG. 14. Evolución de los elementos más representativos de la Meseta (de abajo arriba). De izquierda a derecha, hábitat (cabaña de Caracena, planta y reconstrucción de las casas de Soto de Medinilla, castro de Valdeavellano de Tera, casa celtibérica y planta del oppidum de Numancia), ritos funerarios (enterramiento triple de San Román de la Hornija, tumba celtibérica antigua, túmulos de La Osera, estelas alineadas de Ribera de Saelices y tumba celtibérica tardía de Carratiermes), cerámicas (a mano tipo Cogotas I, Soto, castreñas, a peine y celtibéricas a torno), armamento (de bronce en los dos registros inferiores, de hierro el resto: panoplia celtibérica inicial, id. aristocrática, espadas de La Tène y atlánticas, representación vascular de Numancia, casco de bronce) y elementos de adorno y diversos (según diversos autores).

tura socioideológica guerrera que les daba gran fuerza expansiva, en un fenómeno que recuerda, por ejemplo, el de los umbrosamitas en Italia. Dicha estructura facilitó su presión sobre las regiones mediterráneas y, sobre todo, su expansión paulatina por todo el Occidente y el Norte peninsulares, regiones pastoriles y más atrasadas, llevando con ellos su cultura y con ella el uso del hierro y su sistema gentilicio. Paralelamente, participaron como mercenarios entre tartesios e iberos y al servicio de púnicos y griegos en las guerras coloniales del Mediterráneo, lo que explica su tardía pero creciente asimilación de elementos culturales mediterráneos.

De este modo, se fueron aproximando a formas cada vez más urbanas, especialmente tras la crisis que debió representar la presión cartaginesa en la segunda mitad del siglo III a.C. que afectó a gran parte de la Meseta y la subsiguiente conquista por Roma a partir del siglo II a.C. Este proceso aceleró la tendencia a aglutinarse en *oppida*, centros fortificados de un amplio territorio jerarquizado, hecho que facilitó la evolución hacia formas urbanas al asimilar, siempre desde el mundo ibérico, el urbanismo ortogonal y la escritura, desapareciendo las armas como elemento de estatus en las sepulturas seguramente al adoptar formas urbanas. Ya bajo dominio romano se introdujo la moneda, así como leyes escritas en bronce que dan idea de su desarrollo cultural.

Su creciente fuerza política y capacidad guerrera explica su influjo sobre otras entidades étnicas de la Meseta y su tendencia expansiva hacia las áreas periféricas de la Península Ibérica, especialmente hacia el Occidente, la zona más afín a su substrato y a su estructura socioeconómica ganadera. Igualmente, esta estructura permite comprender su dura oposición a Roma, que sólo pudo dominarlos tras duras luchas, especialmente al conquistar Numancia el 133 a.C., aunque su romanización sólo se logra avanzado el Imperio Romano.

Como conclusión, a pesar de la parquedad de datos, es evidente la continuidad poblacional en la Meseta durante el I milenio a.C., así como su creciente apertura a contactos culturales llegados desde zonas vecinas dado su carácter intermedio. Pero es necesario obtener buenas secuencias y datos paleoambientales que permitan precisar las causas de los fenómenos de cambio y de diferenciación etno-cultural.

Desde el punto de vista étnico, los escasos datos arqueológicos indican una progresiva acentuación de las diferencias entre los grupos desde el Bronce Final, a medida que se asimilan influjos exteriores y se evoluciona hacia «culturas» en áreas cada vez más limitadas que podrán ser definidas con mayor exactitud en el futuro, a medida de que se disponga de mayor información arqueológica y lingüística.

LAS REGIONES ATLANTICAS (fig. 15)

Las regiones occidentales y septentrionales de la Península Ibérica, incluyendo el Occidente de la Meseta de suelos silíceos, todo el Centro y Norte de Portugal y las regiones ribereñas del Cantábrico, prácti-

camente desde Galicia al País Vasco, dado su mayor aislamiento de las corrientes innovadoras procedentes del Mediterráneo, ofrecen en estos períodos aún menor desarrollo cultural y formas de vida totalmente extrañas y refractarias al mundo civilizado de la antigüedad. Este hecho se explica por su alejamiento geográfico y de las formas de vida de las culturas mediterráneas, por lo que elementos como el hierro o el urbanismo llegaron con mucho mayor retraso que a las restantes regiones del Mediterráneo e incluso que del área céltica, ya que el Occidente peninsular mantuvo largo tiempo tradiciones y contactos atlánticos desarrollados desde la Edad del Bronce.

Estos pueblos atlánticos, en su práctica totalidad, pudieran considerarse de tipo proto-céltico, por su semejanza al posterior mundo céltico, pero con características más arcaicas, a las que deben su gran personalidad. La fase esencial en su proceso de etnogénesis también parece corresponder al final de la Edad del Bronce y la transición a la Edad del Hierro, momento crucial en las zonas atlánticas dentro de los circuitos de intercambio atlántico del Bronce Final, especialmente del Noroeste, tal vez la zona mejor conocida. En ellos jugó un importante papel la introducción de nuevos conocimientos y tecnología, tanto desde el mundo Atlántico como desde la Meseta o las áreas meridionales por donde llegaban influjos de origen mediterráneo, quedando las áreas marginales, como la Cordillera Cantábrica, prácticamente aisladas y estancadas hasta la romanización.

Este proceso explica que estas formaciones prerromanas hundan sus raíces en el Bronce Final, conservando prácticamente inalterados sus caracteres hasta la romanización, por lo que no hay ruptura entre la Edad del Bronce y la del Hierro, aunque en los distintos procesos de etnogénesis, consecuencia del desarrollo de su substrato de la Edad del Bronce, manifiestan crecientes influjos de elementos de tipo celtibérico.

Secuencia cultural

En lo que respecta a la secuencia cultural, el Noroeste es la zona mejor conocida, siendo su secuencia extrapolable con lógicas adaptaciones locales, aún mal precisadas, a todas las regiones atlánticas.

En el Norte de Portugal, donde se documentan los datos más antiguos de la secuencia, cabe señalar dos fases. La fase I, hacia el 1250/1000 a.C., se caracteriza por poblados de «fondos de cabaña» que suponen la presencia de silos para el almacenamiento de cereal, pero la ausencia de otros vestigios constructivos ha hecho sospechar que respondan a un patrón de ocupación inestable del territorio, similar al de Cogotas I en la Meseta, cuyas cerámicas precisamente aparecen en alguno de estos yacimientos. Además, se constata igualmente un claro vacío de información funeraria, característico de todas estas regiones atlánticas, pero comienzan a generalizarse los depósitos en las aguas.

La fase II del Bronce Final, entre 1000/900-700 a.C., junto a los hábitats de fondos de cabaña, se caracteriza por la aparición de asentamientos en altura, con defensas naturales o artificiales, controlando

puntos estratégicos que parecen ligados a redes de intercambio de metal, seguramente en relación con el auge de los intercambios atlánticos y la aparición de objetos de prestigio de tipo guerrero. Estos poblados representan una ocupación estable y permanente del territorio, y, aunque algunos de ellos desaparecen al colapsarse el sistema de intercambios atlántico, otros perduraron durante la Edad del Hierro, lo que evidencia que constituyen el inicio de los castros. Este tipo de hábitat indica que su economía de subsistencia resulta ya suficientemente eficiente como para permitir una ocupación permanente, tal vez por la asimilación de conocimientos tecnológicos como el arado o las leguminosas.

Pero lo más significativo es que en esa fase surgen, como se ha indicado, las formas culturales que perduran ya hasta la romanización, pues estos poblados fortificados o «castros» corresponden a la sociedad castreña reflejada en los textos históricos y caracterizada por su inseguridad. En efecto, de este substrato del Bronce Final deriva la «Cultura Castreña» del Hierro, cuyo carácter más cerrado en comparación con el Bronce Final resulta sólo aparente, pues en sus fases iniciales existen contactos con el Suroeste e incluso con las navegaciones precoloniales mediterráneas, mientras que en momentos posteriores, a partir del siglo VII/VI a.C. en estuarios y puntos costeros se perciben influjos tartésicos y fenicios, seguramente de tipo «precolonial», esto es, sin asentamientos estables. Pero lo más significativo, si se compara con los fenómenos semejantes del Noreste peninsular, es que los influjos sobre el mundo castreño dan la impresión de ser prácticamente nulos, aún menores que los elementos orientalizantes asimilados por el refractario substrato de los Campos de Urnas del Noreste. Además, paralelamente, algunas cerámicas, fibulas y, tal vez, las casas redondas, evidencian contactos con la Meseta, confirmados por algunos antropónimos, proceso que se irá intensificando a lo largo del tiempo, hasta ser interrumpidos por la romanización.

La Cultura Castreña del Noroeste, la mejor conocida del mundo atlántico peninsular, puede dividirse en varias fases, aún teóricas en el actual estado de conocimiento. La fase I, desde los siglos VIII-VI al VI-V a.C., corresponde al proceso formativo iniciado ya en el Bronce Final y llegaría hasta desaparecer la producción y circulación de objetos de bronce. La fase II representa una larga etapa de desarrollo, aún mal conocida, que dura hasta el siglo II a.C. Finalmente, la fase III, ya bajo dominio romano, supuso un florecimiento económico y un verdadero auge cultural, con la introducción de la rueda de alfarero, la generalización del hierro y claros avances en la organización de los poblados que llegan a alcanzar formas proto-urbanas, alcanzando sólo entonces la Cultura Castreña su apogeo, ya bajo el dominio de Roma.

Por la característica esencial de esta cultura castreña del Noroeste es que siguió hasta plena romanización culturalmente enraizada en el Bronce Atlántico, aunque poco a poco adoptó el hierro y otras innovaciones tecnológicas y seguramente agrarias de origen meseteño o mediterráneo. Esto explica su carácter básicamente pastoril, que, al margen de explicaciones de tipo climático, suponen una subsistencia de tipo

agropccuario, bien adaptada al medioambiente, pero no radicalmente distinta de la de otras áreas castreñas peninsulares como evidencia la ocupación permanente que suponen los castros y el papel de éstos como elemento esencial del hábitat y de la organización social, reflejada incluso en su peculiar sistema onomástico mantenido hasta el inicio de la romanización.

Cultura material y etnicidad

En el actual estado de la investigación, existe una dificultad general para ajustar los datos arqueológicos a los lingüísticos y a las referencias históricas. La secuencia arqueológica no indica discontinuidad ni, por tanto, se evidencia la llegada de elementos étnicos indoeuropeos ni de cultura material procedentes de la Meseta que tradicionalmente se han venido relacionando con el mundo «hallstático» o «de los Campos de Urnas» y con la indoeuropeización del occidente de la Península. Ello ha obligado a plantear si esta indoeuropeización se hubiera realizado sin aportes humanos masivos, lo que explicaría su escaso reflejo en el registro arqueológico. Las fuentes escritas tampoco aportan soluciones y, si bien señalan la similitud entre galaicos y lusitanos así como la posible localización de los pueblos de *Gallaecia* y su identificación arqueológica, no resuelven el problema esencial de cuándo se han indoeuropeizado todas estas regiones atlánticas. El problema es extensivo, también, al origen indoeuropeo de los lusitanos, pues no se evidencian migraciones en el registro arqueológico de la fachada atlántica a mediados del I milenio a.C. ni se pueden asimilar a una cultura material concreta que explique su origen, ya que el registro arqueológico de la región entre el Tajo y el Duero o de Galicia evidencia una gran continuidad cultural entre el Bronce Final y la Edad del Hierro, lo que quiere decir que sus poblaciones eran indoeuropeas, al menos, desde el Bronce Final y, seguramente, antes.

Aunque dicha cronología y, en consecuencia, el problema de su origen trasciende el marco de este estudio, sí conviene tener presente que el Bronce Final es un momento de máxima interacción entre diversas áreas del mundo cultural atlántico, con intensa y continuada actividad de intercambio, lo que parece exigiría una lengua común como vehículo de comunicación. Además, todo el Noroeste y las demás regiones atlánticas peninsulares participan en rasgos materiales e ideológicos comunes, muy próximos al mundo celta en general y, especialmente, al céltico peninsular.

En consecuencia, la hipótesis más aceptable actualmente como línea de trabajo hacia el futuro, basada en los estudios recientes, supone que todo el occidente de la Península Ibérica pertenecería a una comunidad cultural, ideológica y lingüística indoeuropea que se pudiera relacionar con un substrato proto-celta muy arcaico tal vez extendido por áreas atlánticas y cuya extensión abarcaría desde el Sistema Ibérico hasta el suroeste peninsular, esto es, comprendiendo toda la llamada «Hispania indoeuropea» atestiguada por los elementos lingüísticos, pues incluso cabe recordar en ese sentido que, según Correa y otros autores, las es-

telas epigráficas del suroeste, zona que forma parte de las regiones atlánticas peninsulares, evidencian, cuando menos, antropónimos indoeuropeos, confirmando dicha extensión hasta el suroeste peninsular. Desde dicha perspectiva se comprende mejor el proceso general de formación étnica de todos los pueblos del centro y occidente de la Península Ibérica y sus poligénicas interrelaciones culturales, lingüísticas e ideológicas, dentro de un marco que, en perspectiva globalizadora, puede considerarse común por derivar aparentemente de una raíz común retrotraible, al menos, a la Edad del Bronce.

Entre estos pueblos cabría considerar ya a los vacceos del valle del Duero, los más celtizados en cuanto a cultura material y lengua y, por ello, los más próximos a los celtíberos, motivos por el que suelen ser considerados entre éstos, como en parte lo fueron ya en la antigüedad, lo que evidencia la transición paulatina de las estructuras étnicas hacia el Occidente. Pero los vacceos mantenían todavía una peculiar y ancestral economía agraria de tipo comunal que denota la pervivencia de una organización socioeconómica originaria, cuando menos, de su fase formativa en la transición entre el Bronce Final y la Edad del Hierro, aunque seguramente más evolucionada que las estructuras más arcaicas fosilizadas hacia el Occidente.

Vetones y lusitanos, en los abruptos territorios de las regiones entre el borde de la Meseta y el Atlántico, ofrecían una estructura de base pastoril muy primitiva con castros fortificados y grupos de guerreros dedicados al pillaje como forma de vida, dirigidos por jefes elegidos por vinculación personal, como el famoso guerrillero Viriato, lo que explica la creciente inestabilidad generada en los pueblos más ricos, como turdetanos e iberos, hasta donde llegaban sus correrías. Esta estructura y la consiguiente dedicación tradicional a la ganadería y el pillaje explican que, a pesar de su pobreza, ofrecieran gran resistencia a Roma durante casi dos siglos, cuando ésta intentó dominarlos, hasta que, poco a poco, sojuzgados y diezmados, fueron abandonando dichas formas de vida tradicionales.

Junto a las costas atlánticas vivían los galaicos, y, a caballo entre las áreas costeras y la Meseta, astures y cántabros, cultural y étnicamente relacionados con el antiguo substrato de tipo celta, pero progresivamente influenciados por los celtíberos, aunque este proceso fue interrumpido por la llegada de Roma. Astures y galaicos mantenían estructuras socioculturales tan primitivas como los lusitanos, propias de la Edad del Bronce, basadas en comunidades organizadas en pequeñas aldeas fortificadas o «castros», mientras que los Cántabros parecen reflejar un nivel cultural aún menos desarrollado y que resulta más próximo al de las áreas pirenaicas.

La sociedad castreña estaba organizada en grupos de edad, existiendo ritos de iniciación, documentados por curiosos baños o «saunas castreñas». Las mujeres se dedicaban al campo y la casa, mientras los hombres se ocupaban de la ganadería y el pillaje, normalmente bajo la dirección de los más audaces, a los que se vinculaban por pactos personales, nunca hereditarios. Su carácter primitivo explica su resistencia a la asimilación al mundo, entonces, civilizado y su tardía

conquista por Roma, sólo lograda con gran dificultad en tiempos de Augusto. Pero en las áreas rurales su cultura aún perduró hasta muy avanzado el Imperio Romano, habiendo proseguido algunas formas de vida hasta época medieval e, incluso, hasta nuestros días.

Finalmente, conviene tener presente que en todas estas regiones atlánticas existe un claro desequilibrio interregional entre áreas prospectadas y con recientes excavaciones, como algunas zonas de Galicia y Portugal, frente a muchas otras, como la Región Cantábrica, donde la pobreza de la documentación arqueológica, epigráfica y toponímica dificulta todo estudio a pesar de las informaciones de los textos, por lo que no resulta fácil establecer la necesaria relación entre documentación arqueológica y paleoetnográfica. Además, cabe destacar la falta de datos estratigráficos y tipológicos para comprender los procesos evolutivos de todas estas regiones atlánticas, requisito previo indispensable para comprender sus procesos formativos y proceder a interpretaciones étnicas con una base más firme. En este sentido, actualmente se discute la cronología de puñales de antenas, orfebrería, fibulas, esculturas de guerreros, etc., hasta ahora considerados como fósiles directores característicos de la Cultura Castreña del Noroeste, ya que sus fechas son discutibles y deben ser precisadas basándose en estudios válidos. Pero el mismo problema plantea la dispersión de joyas, fibulas e, incluso, cerámicas, cuyas variaciones territoriales permiten en algunos casos una interpretación casi «tribal» en sentido étnico, lo que indica unas posibilidades para el futuro hasta ahora nunca utilizadas por falta de análisis firmes, como ocurre con los elementos lingüísticos, como antropónimos, etnónimos y topónimos, etc., cuyo estudio dista mucho de haber sido suficientemente explotado.

LA ZONA CANTABRO-PIRENAICA

Las regiones más apartadas y montañosas del norte de la Península Ibérica, especialmente desde la Cordillera Cantábrica hasta el Pirineo Central, mantuvieron formas de vida más atrasadas, como evidencia su muy tardía incorporación política a Roma, teóricamente ya bajo Augusto, y su incompleta romanización, que no parece que se hubiera completado al llegar la Edad Media.

La Cordillera Cantábrica parece ofrecer un substrato étnico relacionable con los citados elementos indoeuropeos de tipo proto-celta básicamente semejantes a los de las regiones atlánticas y, probablemente, de la Meseta, si bien manteniendo formas culturales aún más primitivas. En efecto, la Cornisa Cantábrica parece constituir un área marginal durante el apogeo de las relaciones atlánticas del Bronce Final, lo que explicaría la falta de elementos culturales y la ausencia de asentamientos estables hasta la romanización.

Este hecho permitiría que perdurasen en ella dichas formas de vida tan atrasadas hasta la muy tardía llegada de los romanos en tiempos de Augusto, basadas en sistemas de pastoreo y agricultura primitivas, quizá itinerante de rozas, ya que técnicas como el

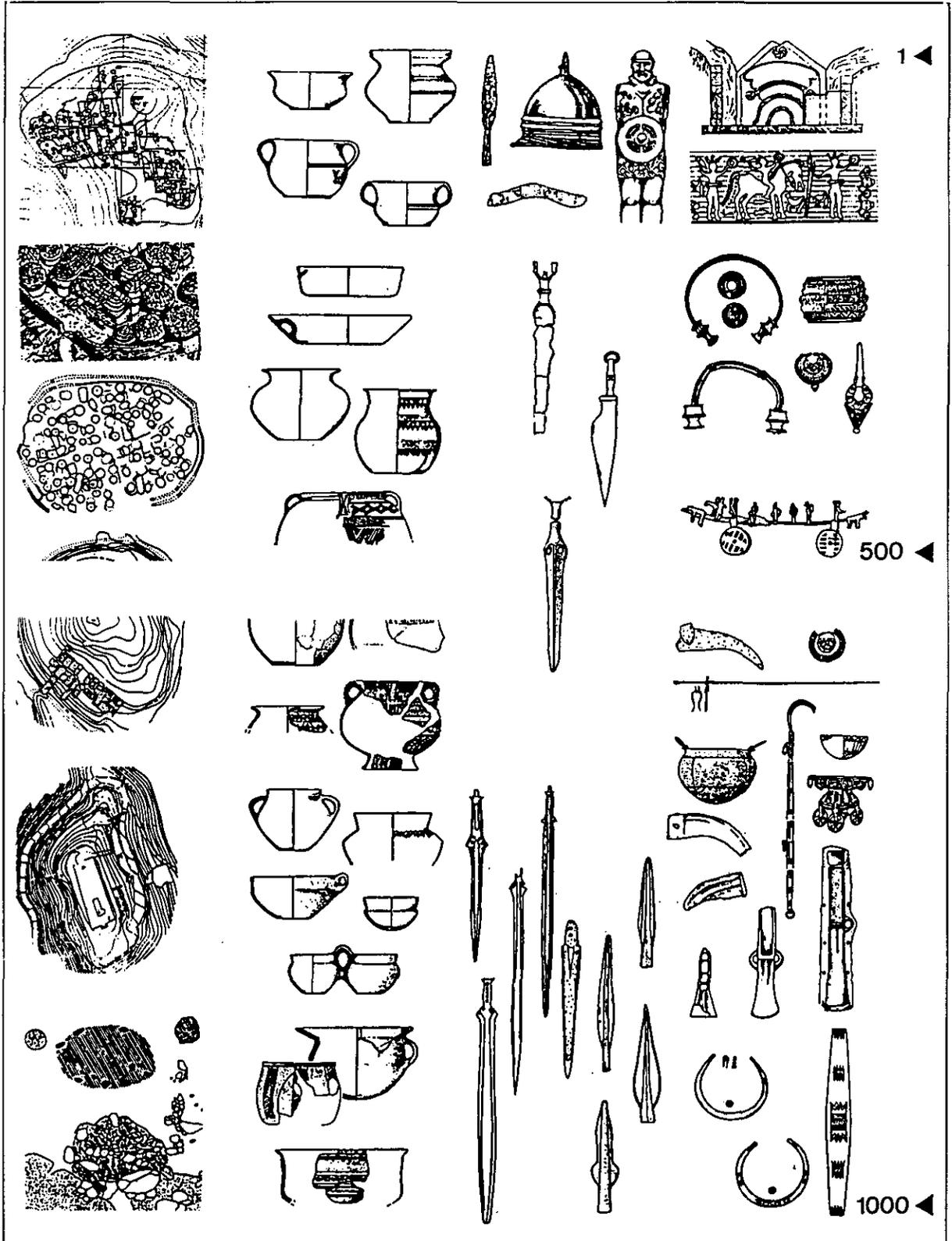


FIG. 15. Evolución de los elementos más representativos del Noroeste de la Península Ibérica (de abajo arriba). De izquierda a derecha, habitat (chozas de Bouça do Frade, castro de Baiões, id. de Torroso, id. de Terroso, reconstrucción del castro de Coaña y de la citania de Sanfins), ausencia de ritos funerarios, cerámicas (a mano tipo Cogotas I, bruñidas, incisas y estampadas, etc., y a torno en el registro superior), armamento (de bronce en los tres registros inferiores, de hierro en los superiores, salvo el casco de bronce y el guerrero lusitano en piedra) y elementos de adorno, instrumentos y diversos (según diversos autores).

abonado o la rotación de cultivos para conservar la fertilidad de los suelos sólo parecen haberse introducido, y tal vez aún no plenamente, a partir de la romanización, lo que explicaría su escaso poblamiento y la falta de hábitat estable, incluso de tipo castro.

Así se comprende su gran resistencia al proceso romanizador, por ser tales formas de vida totalmente refractarias al mundo urbano. Por ello mismo, tales características permiten relacionar estas poblaciones con el substrato de las gentes pirenaicas, dadas sus primitivas formas de vida, aunque étnicamente puedan y deban diferenciarse teóricamente, en especial desde el punto de vista lingüístico, aunque este campo sea prácticamente desconocido, salvo por algunos topónimos y etnónimos que parecen indicar la existencia de relaciones con el mundo celta, tal vez reforzadas por un tardío proceso inicial de celtización, difícil de precisar dada la práctica ausencia de datos epigráficos.

Por ello, en la región cantábrica la ecuación entre datos arqueológicos y paleoetnográficos es aún virtualmente muy incierta, ya que la información arqueológica de época prerromana es todavía sumamente escasa, mientras que los pocos datos históricos se refieren ya a época plenamente romana.

Por su parte, las regiones pirenaicas ofrecen un ambiente cultural igualmente primitivo y atrasado, aunque su substrato étnico en la zonas occidentales parece ser teóricamente relacionable con el posteriormente denominado mundo vasco, tal como parecen confirmar algunos elementos antropológicos, mientras que en las centrales y orientales parece ya más próximo al mundo ibérico.

Su cultura material, sumamente pobre, es aún mal conocida, pero es evidente la continuidad de hábitat en cuevas y la práctica ausencia de estructuras estables, destacando la tradición de construir círculos de piedras en zonas de pastos en áreas montañosas que indican una economía pastoril, con posibles paralelos desde los Pirineos a la Cordillera Cantábrica. En la zona occidental, su lengua, al parecer relacionada con la de los vascones que se extendían hasta el Valle del Ebro y que estaba emparentada con el Aquitano hablado hasta el Garona, evidencia, junto a algunos rasgos ancestrales conservados en el folklore vasco, la antigüedad y primitivismo de este substrato cuyo aislamiento parece confirmarse por algunos rasgos antropológicos.

Estas lenguas de tipo vasco han planteado hipótesis sobre discutidas y lejanas relaciones con el Ibérico, sobre todo por cuanto todas ellas resultan restos lingüísticos anteriores al predominio de las lenguas indoeuropeas de tipo céltico extendidas por todas estas regiones de Europa al menos a partir del II milenio a.C.

En efecto, ya desde inicios del I milenio a.C. resulta evidente la articulación interna de diversas áreas en lo que actualmente se considera como País Vasco, dada la presencia cada vez más evidente de nuevos elementos culturales en los valles y zonas llanas a uno y otro lado de los Pirineos, frente al carácter aislado y retardatario de las zonas montañosas pirenaicas occidentales y de la actual Guipúzcoa.

Al Norte, sobre el substrato cultural que supone la Cultura del Hierro de la Aquitania, se produce una creciente celtización que explica que César incluyera sin problemas esta región en la división tripartita de las Galias, hecho que al mismo tiempo denota su personalidad étnica, tanto en el campo lingüístico como en el de la cultura material. A su vez, en la cuenca media y alta del Ebro, paralelamente a lo que ocurre en la Aquitania al norte de los Pirineos con la que mantiene esporádicos contactos y una evolución en cierto aspecto relacionable; en el I milenio se evidencian procesos crecientes de aculturación. Seguramente éstos ya se testimonian en la zona alavesa por la presencia de elementos de la Cultura de Cogotas I y posteriormente de casas redondas procedentes de la Meseta o por la paralela penetración de estímulos originarios de los Campos de Urnas que remontan paulatinamente el Valle del Ebro. Pero este proceso resulta especialmente evidente en los siglos anteriores al cambio de Era, cuando los contactos culturales e interétnicos se hacen patentes por la presión del mundo celtibérico, tanto del Valle del Ebro como de la Meseta, lo que produjo un proceso de celtización que estaba en pleno progreso a la llegada de Roma y que sólo fue interrumpido por ésta, seguramente de forma intencional al apoyarse en poblaciones vasconas para frenar la supremacía celtibérica.

Pero el citado núcleo montañoso pirenaico, muy aislado dado su medioambiente y sus primitivas formas de vida, debió permanecer prácticamente marginado por carecer de interés para Roma, lo que explica que incluso su cristianización fuera tan tardía, a partir de plena Edad Media, permitiendo que se haya mantenido hasta nuestros días la personalidad cultural que aún hoy perdura en la población y la lengua vascas.

4. CONCLUSION GENERAL

El proceso de etnogénesis de la Península Ibérica que en estos estudios se ha analizado puede ser considerado como el gran acontecimiento histórico del crucial periodo que representa el final de la Prehistoria de estas regiones del Suroeste de Europa.

Pero el estado actual de nuestros conocimientos adolece todavía de numerosos vacíos e imprecisiones, por lo que esta síntesis es más un punto de partida que un resultado definitivo. En especial, los mapas y cuadros que se ofrecen y que pretenden representar los conocimientos actuales, deben y pueden ser precisados en el futuro, si se consigue el apoyo institucional necesario para ello, con el que no siempre se ha contado. Igualmente, es necesario avanzar en la recopilación y el análisis de nuevos datos por ser insuficientes los hasta ahora disponibles, tanto en el campo de la Arqueología, donde potencialmente mayor puede ser el progreso, como de la Lingüística, especialmente de la olvidada Toponimia, de la Historia de la Religión, de la Etnología, etc., sin olvidar la necesidad de visiones cada vez más amplias y abiertas que amplíen las ideas y abran perspectivas de interpretación cada vez más eficaces y profundas.

A pesar de la aparente diversidad que supone el mosaico de culturas y pueblos analizados, aún insuficientemente conocidos, éstos evidencian una clara evolución general hacia formas de vida civilizada, que, en gran medida, coincide con sus mismos procesos de etnogénesis y de creciente identificación étnica. Además, es preciso saber valorar las diferencias existentes entre unas áreas y otras en su justo significado, por ser muchas veces más aparentes que profundas si se analizan desde una perspectiva amplia y global, la única válida para lograr una buena visión de síntesis.

Con ciertas tendencias variables pero presentes de una u otra forma en todas las regiones, se advierte un progreso general hacia formas de vida cada vez más desarrolladas, marcadas por la estabilización de élites rectoras, el hallazgo de nuevas fórmulas económicas, políticas e ideológicas para estructurar sociedades cada vez más complejas y, finalmente, una tendencia general a la vida urbana, cuya última consecuencia y materialización es el Imperio Romano. Este, con su gran labor civilizadora, unificó en gran medida estos territorios, permitiendo, en consecuencia, nuevas formas de desarrollo. Pero estos procesos incluyen para-

lamente interesantes fenómenos de convivencia e intercambios étnicos y culturales y, seguramente también, casos de fagocitación, absorción y extinción de los grupos más débiles por los más potentes o culturalmente más eficaces. En este aspecto, el proceso colonial que supuso la presencia de fenicios, griegos, púnicos y, finalmente, romanos, permitió irse abriendo a un marco histórico cada vez más amplio y evolucionado. Pero dichos contactos también supusieron, al margen de fenómenos de desculturización e incluso de destrucción inherentes, una muy eficaz simbiosis cultural, esencial para el proceso de evolución cultural, pues sin el contacto con Fenicia, Grecia y Roma difícilmente se comprende la historia ulterior de las gentes que habitaban la Península Ibérica.

Por ello, este proceso de etnogénesis, al margen de su originalidad histórica irreplicable, ha contribuido a enriquecer la variedad cultural de todas nuestras regiones y, al mismo tiempo, constituye un valioso punto de conocimiento y reflexión, humana e histórica, de incalculable interés por ser una experiencia única, ya que ha contribuido a la formación de los pueblos y gentes que actualmente habitan la Península Ibérica.